

**UNIVERSIDAD RAFAEL LANDÍVAR
FACULTAD DE TEOLOGÍA
LICENCIATURA EN TEOLOGÍA**

VISIÓN TEOLÓGICA DE LA ALEGRÍA: RESONANCIA DEL AMOR DIVINO EN EL SER HUMANO

TESIS DE GRADO

MÓNICA ELIZABETH ALDANA CATALÁN

CARNET 42286-91

**GUATEMALA DE LAASUNCIÓN, JULIO DE 2018
CAMPUS CENTRAL**

UNIVERSIDAD RAFAEL LANDÍVAR
FACULTAD DE TEOLOGÍA
LICENCIATURA EN TEOLOGÍA

VISIÓN TEOLÓGICA DE LA ALEGRÍA: RESONANCIA DEL AMOR DIVINO EN EL SER HUMANO

TESIS DE GRADO

**TRABAJO PRESENTADO AL CONSEJO DE LA FACULTAD DE
TEOLOGÍA**

POR

MÓNICA ELIZABETH ALDANA CATALÁN

PREVIO A CONFERÍRSELE

EL TÍTULO DE TEÓLOGA EN EL GRADO ACADÉMICO DE LICENCIADA

GUATEMALA DE LA ASUNCIÓN, JULIO DE 2018
CAMPUS CENTRAL

AUTORIDADES DE LA UNIVERSIDAD RAFAEL LANDÍVAR

RECTOR: P. MARCO TULIO MARTINEZ SALAZAR, S. J.
VICERRECTORA ACADÉMICA: DRA. MARTA LUCRECIA MÉNDEZ GONZÁLEZ DE PENEDO
VICERRECTOR DE INVESTIGACIÓN Y PROYECCIÓN: ING. JOSÉ JUVENTINO GÁLVEZ RUANO
VICERRECTOR DE INTEGRACIÓN UNIVERSITARIA: P. JULIO ENRIQUE MOREIRA CHAVARRÍA, S. J.
VICERRECTOR ADMINISTRATIVO: LIC. ARIEL RIVERA IRÍAS
SECRETARIA GENERAL: LIC. FABIOLA DE LA LUZ PADILLA BELTRANENA DE LORENZANA

AUTORIDADES DE LA FACULTAD DE TEOLOGÍA

DECANO: MGTR. RODOLFO ALBERTO MARÍN ANGULO
SECRETARIO: MGTR. HERBERT MAURICIO ALVAREZ LOPEZ

NOMBRE DEL ASESOR DE TRABAJO DE GRADUACIÓN

ING. ROBERTO ALFREDO PAZ SCHLESINGER

TERNA QUE PRACTICÓ LA EVALUACIÓN

LIC. OSWALDO SAUL ANLEU SANDOVAL

Guatemala, 7 de mayo de 2018

Señores Miembros del Consejo
de la Facultad de Teología,
URL.

Señores Miembros del Consejo:

Me permito informales, que he acompañado en su proceso de elaboración de tesis a **Mónica Elizabeth Aldana Catalán, Carné 4228691** cuyo título es:

“La alegría: Resonancia del amor divino en el ser humano”

Considero que el trabajo realizado es satisfactorio, y por mi parte, lo avalo para que el Consejo de la Facultad proceda de acuerdo a las políticas de la Universidad Rafael Landívar.

Atentamente,


Lic. Roberto Alfredo Paz Schlesinger
Cat 21062
Asesor de Tesis



Orden de Impresión

De acuerdo a la aprobación de la Evaluación del Trabajo de Graduación en la variante Tesis de Grado de la estudiante MÓNICA ELIZABETH ALDANA CATALÁN, Carnet 42286-91 en la carrera LICENCIATURA EN TEOLOGÍA, del Campus Central, que consta en el Acta No. 1412-2018 de fecha 7 de junio de 2018, se autoriza la impresión digital del trabajo titulado:

VISIÓN TEOLÓGICA DE LA ALEGRÍA: RESONANCIA DEL AMOR DIVINO EN EL SER HUMANO

Previo a conferírsele el título de TEÓLOGA en el grado académico de LICENCIADA.

Dado en la ciudad de Guatemala de la Asunción, a los 6 días del mes de julio del año 2018.



MGTR. HERBERT MAURICIO ALVAREZ LOPEZ, SECRETARIO
TEOLOGÍA
Universidad Rafael Landívar

INDICE

	Página
INTRODUCCIÓN	1
SIGLAS	4
CAPÍTULO I	
LA ALEGRÍA, VOCACIÓN UNIVERSAL	5
1. Concepto general de la alegría	5
2. Concepto desde la psicología	6
3. Las alegrías de la vida	7
4. La alegría en los libros sagrados de algunas religiones	8
4.1 Judaísmo	8
4.2 Islam	12
4.3 Religión maya-quiché	13
5. Sentido teológico de la alegría: voluntad divina y vocación universal	15
CAPÍTULO II	
LA ALEGRÍA CRISTIANA	17
1. La alegría de Jesús	18
1.1 El anuncio del “Dios-con-Nosotros”: la alegría mesiánica	20
1.2 Jesús anuncia y hace presente la alegría del Reino	21
1.3 Jesús, fuente de la alegría cristiana	24
1.4 Jesús comparte su alegría mediante el don del Espíritu	26
2. Las primeras comunidades cristianas	26
3. Algunos testimonios de “alegres santos”	27
3.1 Santa María de Nazaret	27
3.2 San Francisco de Asís	27
3.3 San Felipe Neri	28
3.4 Santa Rosa de Lima	28
3.5 Santo Hermano Pedro de San José Betancur	29
3.6 San Juan Bosco	29

3.7	San Alberto Hurtado	30
3.8	Beato Oscar Arnulfo Romero y Galdámez	30
4.	La alegría en medio del sufrimiento	30
5.	La alegría, modo de ser y de actuar propio del cristiano	33

CAPÍTULO III

	LA ALEGRÍA EN EL ÁMBITO PASTORAL	35
1.	El estilo pastoral de Jesús, modelo para el cristiano	35
2.	La alegría como talante pastoral	36
3.	Situación en algunos ámbitos de la Iglesia en Guatemala	37
3.1	Vida cristiana individual	37
3.2	Pastoral litúrgica	38
3.3	Pastoral del adulto mayor	39
3.4	Otros ámbitos pastorales	39
4.	Magisterio pontificio postconciliar sobre la alegría	40
4.1	Papa Juan XXIII	40
4.2	Papa Pablo VI	41
4.3	Papa Juan Pablo I	42
4.4	Papa Juan Pablo II	42
4.5	Papa Benedicto XVI	44
4.6	Papa Francisco	45
5.	Magisterio episcopal latinoamericano	46

	CONCLUSIÓN	49
--	-------------------	----

	REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	52
--	-----------------------------------	----

RESUMEN

Este trabajo monográfico busca contribuir a que las personas en general y los cristianos en particular, puedan descubrir el concepto de la auténtica alegría como voluntad divina, vivir el profundo sentido de la alegría específicamente cristiana, y asumir el compromiso de dar testimonio de ella y de transmitirla a través de la acción pastoral.

El contenido se desarrolla en tres capítulos. El primero está dedicado a la alegría como experiencia del ser humano, como expresión psicológica y como concepción teológica, esta última abordada desde la perspectiva de tres religiones no cristianas. El segundo trata sobre la alegría específicamente cristiana, que encuentra en Jesús de Nazaret su fuente y su modelo, e implica asumir un estilo de vida concreto y radical en seguimiento del Señor. El tercero presenta la alegría como talante de la acción pastoral de la Iglesia, así como algunos ejemplos de ámbitos pastorales de la Iglesia en Guatemala en los que se ha detectado insuficiencia o carencia de alegría; asimismo, contiene un breve análisis de los principales aportes que sobre el tema pueden extraerse del Magisterio pontificio postconciliar y del Magisterio episcopal latinoamericano, con base en una serie de documentos específicamente seleccionados para el efecto.

Sin duda alguna, la alegría es una experiencia deseada por Dios, y resulta medular en la vida de todo ser humano y particularmente del cristiano, quien está llamado a transmitirla y a propiciarla para sí mismo y para los demás. El análisis y reflexión aquí efectuados conforman una *Teología sobre la alegría*, la cual concluye que la alegría es una resonancia del amor divino en el ser humano.

INTRODUCCIÓN

La alegría es una experiencia que la mayoría de personas busca tener de una u otra manera a lo largo de su vida. Sin duda, porque ella constituye una vocación universal inscrita por el Creador en cada corazón. Es voluntad divina que todos los seres humanos sean felices, experimenten la alegría y encuentren un sentido pleno para su existencia.

Sin embargo, muchas personas suelen buscar la alegría en lugares y situaciones donde quizá puedan encontrarla en alguna medida, pero corriendo el riesgo de confundirla con la diversión o el entusiasmo pasajeros, o bien con el sentimiento proveniente del tener, el poder y el placer. Otras personas, por su parte, enfrentan serias dificultades para descubrir, aceptar y asumir motivos significativos de alegría auténtica y de sentido vital profundo.

Aunado a ello, las estructuras de este mundo pueden llegar a impedir que miles de personas disfruten de la vida con alegría, pues prácticamente las condenan a enfrentar circunstancias de miseria, dolor y sufrimiento. Lo anterior, junto con la creciente superficialidad y frivolidad del mundo actual, hacen parecer en ocasiones como si la alegría fuera un objetivo inalcanzable, equiparable a la capacidad para el consumo y a la posesión de bienes materiales, éxito, fama, imagen y prestigio. Pero si así fuera, la alegría resultaría una experiencia reservada para unos pocos y vedada para las grandes mayorías.

Por tales motivos, el mundo necesita descubrir o redescubrir el sentido auténtico de la alegría; desde esa convicción, ha surgido el interés por desarrollar un trabajo de investigación y un ejercicio de reflexión teológica acerca de la misma. Se ha observado a personas que quizá no llevan una vida de fe, pero que parecen haber encontrado motivos para vivir alegremente, mientras que muchos creyentes y “gente de Iglesia”, que sí poseen el tesoro de la fe, en ocasiones transitan por la vida con caras largas, sonriendo poco, sin entusiasmo, con apatía, abrumados por sus propios problemas, acomodados en su autorreferencialidad y divorciando a cada momento su fe de su testimonio, hasta tal punto que parecieran ser incapaces de transmitir la alegría del amor de Dios a los demás y de llevar un estilo de vida que realmente sea luz del mundo y sal de la tierra. Por otra parte, eclesialmente hablando, en ocasiones parece faltar la alegría en distintos ámbitos de la pastoral, a los que se hace necesario transmitirla. Todo lo anterior, sin perjuicio de la existencia de personas y comunidades cristianas que por su fe y su testimonio irradian vida y alegría a su alrededor.

La presente monografía busca contribuir a que las personas en general y los cristianos en particular, puedan descubrir el concepto de la auténtica alegría como voluntad divina, vivir el profundo sentido de la alegría específicamente cristiana, y asumir el compromiso de dar testimonio de ella y de transmitirla a través de la acción pastoral.

Para el efecto, se ha buscado dar respuesta a las interrogantes siguientes: (a) ¿Qué es la alegría y cuál es su sentido teológico?; (b) ¿Cuál es el origen, contenido, características e importancia de la alegría específicamente cristiana? (c) ¿De qué manera la alegría puede y debe impregnar la acción pastoral de la Iglesia?; y (d) ¿Cuáles han sido los principales aportes del Magisterio pontificio postconciliar y del Magisterio episcopal latinoamericano respecto al tema? El objetivo ha sido establecer la visión y el sentido teológico de la alegría, considerándola como experiencia del ser humano, como voluntad divina y como vocación universal, y matizándola específicamente a la luz de la fe cristiana.

El contenido del trabajo se desarrolla en tres capítulos. El primero está dedicado a la alegría como experiencia del ser humano, como expresión psicológica y como concepción teológica, esta última abordada desde la perspectiva de tres religiones no cristianas. El segundo trata sobre la alegría específicamente cristiana, que encuentra en Jesús de Nazaret su fuente y su modelo, e implica asumir un estilo de vida concreto y radical en seguimiento del Señor. El tercero presenta la alegría como talante de la acción pastoral de la Iglesia, así como algunos ejemplos de ámbitos pastorales de la Iglesia en Guatemala en los que se ha detectado insuficiencia o carencia de alegría; asimismo, contiene un breve análisis de los principales aportes que sobre el tema pueden extraerse del Magisterio pontificio postconciliar y del Magisterio episcopal latinoamericano, con base en una serie de documentos específicamente seleccionados para el efecto. Finaliza con la correspondiente conclusión.

La alegría es un tema urgente para todos. Al mundo de hoy le urge encontrar motivos válidos y auténticos para experimentar una alegría y un sentido vital profundos que puedan permanecer en el corazón humano incluso ante las circunstancias más difíciles. A la Iglesia le urge redescubrir la alegría de Dios y al Dios de la alegría, cuyo amor incondicional, infinito, intenso y apasionado por cada ser humano trasciende las normas y los ritos y es capaz de renovar plenamente el sentido de toda la acción pastoral de la Iglesia. A cada cristiano le urge también experimentar la alegría del Evangelio en su propia vida, para que la misma lo colme interiormente y le permita hacer una diferencia en la realidad de este mundo.

De esa manera, la alegría resulta ser una experiencia medular en la vida de todo ser humano y particularmente del cristiano, quien está llamado a transmitirla y a propiciarla para sí mismo y para los demás. El análisis y reflexión aquí efectuados conforman una *Teología sobre la alegría*.

Es prudente aclarar que el trabajo se limita a reflexionar acerca de la alegría como una experiencia del ser humano que vive en condiciones que pueden ser consideradas como normales, y que si bien a las situaciones límite de dolor y de sufrimiento extremos les son aplicables las presentes reflexiones, las mismas pueden iluminarse a la luz de una profundización más amplia y específica.

La monografía abarca distintos aspectos sobre la alegría, todos ellos susceptibles de ampliación. No obstante, por el momento, se pretende suscitar en los lectores la inquietud por buscar, encontrar y disfrutar de la alegría en los pequeños detalles de su vida cotidiana. En el caso específico de los lectores cristianos, se busca despertar en ellos el deseo de iluminar su alegría a la luz de la fe, y de concretizarla a través de su servicio a los demás y de su compromiso humano y cristiano por colaborar para que otros también puedan experimentarla. Si ello se logra, el presente trabajo habrá cumplido su cometido.

SIGLAS

CCE	Catecismo de la Iglesia Católica
DA	Documento de Aparecida
DCE	Deus Caritas est
EG	Evangelii Gaudium
EN	Evangelii Nuntiandi
EV	Evangelium Vitae
GE	Gaudete et Exsultate
GD	Gaudete in Domino
GS	Gaudium et Spes
LS	Laudato Si
SD	Salvifici Doloris

CAPÍTULO I

LA ALEGRÍA, VOCACIÓN UNIVERSAL

“La llamada que Dios dirige a cada uno es un don que llena de alegría”.

Papa Francisco, [Pontifex_es] (22 de abril de 2018) [Tuit].

Una observación consciente del mundo de hoy permite descubrir que a pesar de la felicidad pregonada y aparentada por la sociedad, la tristeza es una realidad que subyace permanentemente en muchos corazones. Esta situación se debe, en gran medida, a que:

La sociedad tecnológica ha logrado multiplicar las ocasiones de placer, pero encuentra muy difícil engendrar la alegría. Porque la alegría tiene otro origen. Es espiritual. El dinero, el confort, la higiene, la seguridad material no faltan con frecuencia; sin embargo, el tedio, la aflicción, la tristeza forman parte, por desgracia, de la vida de muchos. Esto llega a veces hasta la angustia y la desesperación que ni la aparente despreocupación ni el frenesí del gozo presente o los paraísos artificiales logran evitar. (GD 1)

El Papa Francisco denuncia que en la actualidad, el ritmo frenético de la vida no deja espacios vacíos para que resuene la voz de Dios: “Todo se llena de palabras, de disfrutes epidérmicos y de ruidos con una velocidad siempre mayor. Allí no reina la alegría sino la insatisfacción de quien no sabe para qué vive”. (GE 29)

Tanto la tristeza como la alegría son experiencias del ser humano, y como tales, susceptibles de reflexión teológica, ya que a Dios nada de lo humano le es indiferente. Sin embargo, haciendo eco de la afirmación de Castillo (s.f.) respecto a que “la teología cristiana se ha ocupado más del sufrimiento que de la alegría”, y sin restar importancia a la experiencia del dolor, este trabajo se enfoca fundamentalmente en la experiencia de la alegría.

1. Concepto general de la alegría

Previo a iluminar el tema a la luz de la fe, conviene indicar que la alegría es una experiencia que suele tener todo ser humano, independientemente de sus circunstancias y condiciones particulares. La alegría es fundamental, y viene a ser para la persona, “como el

brillo de la salud del corazón y del alma”. (Voillaume, 2014, p. 49) Lo normal y lo deseable es que ningún ser humano viva sin tener por lo menos un motivo de alegría en su vida.

¿Cómo puede definirse? Según el *Diccionario de la lengua española*, por alegría se entiende un “sentimiento grato y vivo que suele manifestarse con signos exteriores”, mientras que otra acepción la considera como las “palabras, gestos o actos con que se expresa el júbilo o alegría”. (Real Academia Española, 2017) Sin embargo, la auténtica alegría debe distinguirse del entusiasmo momentáneo, de los placeres sensoriales o de la satisfacción inmediata de los deseos materiales, pues es más profunda y suele permanecer en el tiempo.

2. Concepto desde la psicología

Ahora bien, desde el punto de vista de la psicología, la alegría es considerada como una emoción positiva, dada su capacidad para producir conductas de aproximación, las cuales surgen “de la idea de que todo está bien e invitan a la celebración, al deseo de compartir con los demás, estableciendo nexos de unión entre las personas para satisfacer las necesidades de afecto y de pertenencia”. (Gabinete Psicólogos en Madrid EU, 2016)

Goleman -si bien aclarando que a este respecto no existe consenso entre los autores de las ciencias psicológicas-, ubica tanto la alegría como la felicidad dentro de la familia de emociones relacionadas con el placer, que es una emoción básica o primaria al igual que otras como la ira, la tristeza, el temor, el amor, la sorpresa, el disgusto y la vergüenza. (2015, pp. 331-332) Por su parte, Fernández-Martos (s.f.) proporciona un concepto más profundo e integral:

De la alegría se nos da un doble sentido: «sentimiento que produce en alguien un suceso favorable o la obtención de algo que deseaba o que satisface sus sentimientos o afectos» [...] o, más establemente: «cualidad o estado de ánimo habitual del que se siente bien en la vida, tiene tendencia a reír y encuentra fácilmente motivos para ello». [Sin embargo, ...] no hablamos de ser divertidos. La diversión y la alegría se relacionan como superficie y profundidad. La alegría es profunda porque afecta al punto anímico central del ser humano y lo abarca por entero. La auténtica alegría proporciona a nuestras percepciones un brillo especial, da luz nueva a la existencia, tanto a su pasado como a su futuro.

En opinión personal, uno de los conceptos que concretizan de mejor manera el significado profundo de la alegría es el que brinda Riso (2017, p. 227), al afirmar que la misma implica vivir “una vida con significado”.

Ahora bien, como definición propia, la alegría -desde una perspectiva general- consiste en la experiencia de plenitud y realización que tiene una persona que vive una vida con sentido y con propósito, la cual genera en ella actitudes positivas manifestadas en su forma de ser y de estar en el mundo, así como en su manera de interpretar la realidad y los acontecimientos. Si esa experiencia se enriquece con la fe en un Ser Superior adquiere su máxima plenitud, pues ayuda al ser humano a satisfacer su deseo natural de trascendencia.

3. Las alegrías de la vida

Sin alegría, ninguna persona logra vivir en plenitud; es más: su ausencia implica una vida sin emoción, sin novedad, sin energía, sin motivación, sin realización ni propósito. De ahí que se haga necesario

Aprender a gustar simplemente las múltiples alegrías humanas que el Creador pone en nuestro camino: la alegría exultante de la existencia y de la vida; la alegría del amor honesto y santificado; la alegría tranquilizadora de la naturaleza y del silencio; la alegría a veces austera del trabajo esmerado; la alegría y satisfacción del deber cumplido; la alegría transparente de la pureza, del servicio, del saber compartir; la alegría exigente del sacrificio. (GD 12)

Afortunadamente, la alegría puede encontrarse en las actividades normales y cotidianas que un ser humano lleva a cabo como parte de su desarrollo personal, intelectual, profesional, laboral, espiritual, deportivo, social, artístico o recreativo, sobre todo si son afines a sus intereses, gustos y preferencias. Y es que la vida normal, sencilla y aparentemente rutinaria es el campo donde germina, nace y florece la alegría. Coincidiendo con esa idea, Voillaume invita al ser humano a encontrar la alegría en su vida cotidiana: “No creo que tengamos el corazón capaz de alegrías sobrenaturales si no hemos aprendido a redescubrir las alegrías sencillas de la amistad con los hombres y el mundo tales como Dios los ha creado”. (2014, p. 52)

Debe tenerse presente que la historia de la salvación se inserta y se desarrolla en la historia humana; no existen dos historias paralelas. Dios actúa en la misma historia que va escribiendo el ser humano a través de sus actos y decisiones. Por tal motivo, las experiencias humanas son susceptibles de reflexión teológica, porque es precisamente en ellas donde Dios se manifiesta. Lo que Voillaume, citado en el párrafo anterior, denomina “sobrenatural” no podría ser considerado como una realidad superpuesta a la realidad normal, sino como una forma específica de experiencia, vivida siempre desde la humanidad de la persona, que, sabiéndolo o no, vive inmersa en Dios y en Él es, se mueve y existe (cf. Hch 17, 28).

Ahora bien, la diversidad y el pluralismo provocan que la reflexión teológica sobre las experiencias humanas no se realice exclusivamente desde la teología cristiana, sino también desde la teología propia de cada una de las distintas religiones existentes. Por tal motivo, con el fin de revisar el tema dentro del contexto del pluralismo religioso, se hará una breve alusión a la manera en que la experiencia de la alegría es abordada en los libros sagrados de dos religiones monoteístas no cristianas, a saber, judaísmo e islam. Adicionalmente, para contextualizar el tema en la realidad guatemalteca, se extenderá dicho análisis al *Popol Vuh*, libro sagrado de la religión maya-quiché.

4. La alegría en los libros sagrados de algunas religiones

4.1 Judaísmo

El judaísmo es una religión milenaria que propicia una profunda relación del hombre con Yahvé, el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob. Constituye el antecedente del cristianismo y de hecho, es la religión que profesó Jesús de Nazaret.

La Biblia judía (que el cristianismo conoce como Antiguo Testamento), se denomina *Tanakh* en idioma hebreo. Esta palabra es un acróstico formado por las iniciales de sus tres componentes, a saber: (a) Torá (Pentateuco); (b) Nebiím (Profetas) y (c) Ketubím (Escritos o Hagiógrafos). (Grigorieff, s.f., p. 46)

En la *Tanakh*, la alegría aparece como un tema transversal de la historia sagrada del pueblo de Israel. El judaísmo concibe a Yahvé como a un Dios Creador, Omnipotente, Omnipresente y Omnisciente, pero también como a un Dios que es alegría, quien por su

propia voluntad la comparte con sus criaturas para que vivan una vida feliz, plena, en comunión con Él y rindiéndole el culto debido.

Esa alegría se manifiesta en situaciones relatadas en numerosos pasajes bíblicos. A continuación, a manera de ejemplo, se cita una breve selección de los mismos, tomados de *Biblia de Jerusalén* (2009).

a) *Dios es la esencia de la alegría:*

- El profeta Sofonías “nos muestra al mismo Dios como un centro luminoso de fiesta y de alegría que quiere comunicar a su pueblo ese gozo salvífico. [...] «Tu Dios está en medio de ti, poderoso salvador. Él exulta de gozo por ti, te renueva con su amor, y baila por ti con gritos de júbilo» (3,17)”. (EG 4)
- “No estéis tristes: la alegría de Yahvé es vuestra fortaleza”. (Ne 8, 10)
- Un hermoso pasaje de Proverbios retrata a la sabiduría divina compartiendo su alegría con los seres humanos: “Cuando colocaba los cielos, allí estaba yo, cuando trazaba la bóveda sobre la superficie del océano; cuando sujetaba las nubes en lo alto, cuando afianzaba las fuentes del abismo, cuando marcaba su límite al mar para que las aguas no desbordaran sus orillas; cuando asentaba los cimientos de la tierra, yo estaba junto a Él, como aprendiz, yo era su alegría cotidiana, jugando todo el tiempo en su presencia, jugando con la esfera de la tierra; y compartiendo mi alegría con los humanos”. (Pr 8, 27-31)

b) *La alegría del ser humano es voluntad y don de Dios:*

- “Mira hacia oriente, Jerusalén, y contempla la alegría que te envía Dios”. (Ba 4, 36)
- “Porque Él da sabiduría, ciencia y alegría a quien le agrada”. (Qo 2, 26)
- “Sé bien que no hay para el hombre mayor felicidad que alegrarse y buscar el bienestar en su vida”. (Qo 3, 12)
- “No hay mejor riqueza que la salud del cuerpo, ni mayor felicidad que la alegría del corazón”. (Si 30, 16)
- “Corazón contento mejora la salud, espíritu abatido seca los huesos”. (Pr 17, 22)

c) *Dios es fuente inagotable de alegría para el hombre:*

- “Y los que aman sinceramente a Dios se alegrarán”. (Tb 14, 7)

- “¡Dichosos los que te amen! ¡Dichosos los que se alegren en tu paz! ¡Dichosos cuantos hombres tuvieron tristeza en todos tus castigos, pues se alegrarán en ti y verán por siempre toda tu alegría!” (Tb 13, 14)
- “Muchos dicen: «¿Quién nos hará ver la dicha?» ¡Haz brillar sobre nosotros la luz de tu rostro! Yahvé, me has dado más alegría interior que cuando ellos abundan en trigo y en mosto”. (Sal 4, 7-8)
- “Se alegrarán los que se acogen a ti, gritarán alborozados por siempre; tú los protegerás, en ti disfrutarán los que aman tu nombre”. (Sal 5, 12)
- “Tengo siempre presente a Yahvé, con él a mi derecha no vacilo. Por eso se me alegra el corazón, sienten regocijo mis entrañas, todo mi cuerpo descansa tranquilo”. (Sal 15, 8-9)
- “Yahvé es mi fuerza y mi escudo, en él confía mi corazón: su ayuda me llena de alegría”. (Sal 28, 7)
- “Mas a quien confía en Yahvé lo protege su amor. ¡Alegraos en Yahvé, justos, exultad, gritad de gozo los de recto corazón!” (Sal 32, 11)
- “Esperamos anhelantes a Yahvé, él es nuestra ayuda y nuestro escudo; en él nos alegramos de corazón y en su santo nombre confiamos”. (Sal 33, 20-21)
- “Cuando Yahvé repatrió a los cautivos de Sión, nos parecía estar soñando; entonces se llenó de risas nuestra boca, nuestros labios de gritos de alegría. Los paganos decían: ¡Grandes cosas ha hecho Yahvé en su favor! ¡Sí, grandes cosas ha hecho por nosotros Yahvé, y estamos alegres!” (Sal 126, 2-3)
- “Otra vez la gente humilde volverá a alegrarse en Yahvé, y los hombres más pobres se regocijarán en el Santo de Israel”. (Is 29, 19)
- “¡Habitantes de Sión, regocijaos, alegraos en Yahvé, vuestro Dios!” (Jl 3, 23)

d) *La obediencia a los mandatos y preceptos divinos es ruta segura para alcanzar la alegría:*

- “Los preceptos de Yahvé son rectos, alegría interior”. (Sal 19, 9)
- “Dichoso el pueblo que sabe aclamarte, que camina, Yahvé, a la luz de tu rostro, que se alegra todo el día con tu nombre, que vive entusiasmado con tu justicia”. (Sal 89, 16-17)
- “Tus dictámenes son mi herencia perpetua, ellos son la alegría de mi corazón”. (Sal 119, 111)
- “El cumplimiento del derecho es alegría para el justo”. (Pr 21, 15)

- “El temor del Señor es gloria y honor, alegría y corona de júbilo. El temor del Señor deleita el corazón, da alegría, gozo y larga vida”. (Si 1, 11-12)
- “Era tu palabra para mí gozo y alegría del corazón”. (Jr 15, 16)

e) *La alegría queda de manifiesto en la práctica de la alabanza y de la celebración del culto:*

- “Los israelitas que estaban en Jerusalén celebraron durante siete días la fiesta de los Ázimos con gran alegría, mientras los levitas y los sacerdotes alababan a Yahvé todos los días con todas sus fuerzas”. (2 Cro 30, 21)
- “Durante ocho días celebraron la dedicación del altar y ofrecieron con alegría holocaustos y el sacrificio de comunión y acción de gracias”. (1 M 4, 56)
- “¡Qué alegría cuando me dijeron: Vamos a la Casa de Yahvé!” (Sal 122, 1)

f) *La alegría plena tiene lugar con el cumplimiento de la promesa de liberación del pueblo de Israel a través del Mesías:*

- Los libros del Antiguo Testamento habían preanunciado la alegría de la salvación, que se volvería desbordante en los tiempos mesiánicos. El profeta Isaías se dirige al Mesías esperado saludándolo con regocijo: «Tú multiplicaste la alegría, acrecentaste el gozo» (9,2). Y anima a los habitantes de Sión a recibirlo entre cantos: «¡Dad gritos de gozo y de júbilo!» (12,6). A quien ya lo ha visto en el horizonte, el profeta lo invita a convertirse en mensajero para los demás: «Súbete a un alto monte, alegre mensajero para Sión; clama con voz poderosa, alegre mensajero para Jerusalén» (40,9). La creación entera participa de esta alegría de la salvación: «¡Aclamad, cielos, y exulta, tierra! ¡Prorrumpid, montes, en cantos de alegría! Porque el Señor ha consolado a su pueblo, y de sus pobres se ha compadecido» (49,13). Zacarías, viendo el día del Señor, invita a dar vítores al Rey que llega «pobre y montado en un borrico»: «¡Exulta sin freno, Sión, grita de alegría, Jerusalén, que viene a ti tu Rey, justo y victorioso!» (9,9). (EG 4)

De esa manera, el judaísmo brinda un enriquecedor aporte a la visión teológica de la alegría, a la vez que constituye un valioso antecedente para la reflexión acerca de la alegría específicamente cristiana, misma que se aborda en el capítulo II.

4.2 Islam

El significado del islam “es la consecución de una vida de paz verdadera y felicidad eterna a través de un sometimiento completo a la Voluntad de Dios”. (Comunidad Musulmana Ahmadía, s.f.) Su libro sagrado, *El Corán*,

Es la Palabra sagrada de Al-lah transmitida al Santo Profeta Mohammad [...]. Es la Sagrada Escritura del Islam que muestra el camino verdadero y perfecto hacia la salvación. Contiene un código completo de enseñanzas y leyes en concordancia con las necesidades de cada época y proporciona medios para el desarrollo moral y espiritual de toda la humanidad, así como el remedio para sus males. El Santo Corán explica el verdadero objetivo de la existencia humana, que es adorar y servir a Al-lah, su Creador, y obtener la proximidad a Él. (Comunidad Musulmana Ahmadía, s.f.)

Este Libro Sagrado también se refiere en varias ocasiones a la experiencia de la alegría. A continuación, a manera de ejemplo, se citan algunos pasajes, tomados de *El Corán* (2013).

a) *Las obras de Dios producen alegría:*

- “Se regocijan por las gracias que Dios les ha concedido y están felices por la recompensa que recibirán quienes todavía no se les han unido, que no sentirán temor ni tristeza”. (3: 170)

b) *La alegría del ser humano es voluntad y don de Dios:*

- “Aquellos que piden: «¡Oh, Señor nuestro! Agrádanos con cónyuges y descendientes que sean un motivo de alegría y tranquilidad para nosotros, y haz que seamos un ejemplo para los que tienen temor»”. (25: 74)

c) *La alegría se encuentra en la fidelidad y obediencia del ser humano a Dios:*

- “Nadie sabe la alegría que les espera como recompensa por sus obras”. (32: 17)

- “Tenemos temor de que nuestro Señor nos castigue el día terrible y penoso. Pero Dios los preservará del mal de ese día y los llenará de esplendor y alegría”. (76: 10-11)

d) *La alegría se extiende a la vida más allá de la muerte:*

- “La gente del Paraíso, ese día, estarán felices disfrutando”. (36: 55)
- “Pero aman la vida pasajera y descuidan la vida del más allá. Ese día, habrá rostros resplandecientes contemplando a su Señor”. (76: 20-23)

De lo anterior se establece que el islam también da importancia a la experiencia de la alegría, vinculándola estrechamente a la relación del ser humano con Dios.

4.3 Religión maya-quiché

El *Popol Vuh*, Libro Sagrado de la cultura maya-quiché, hace referencia a la alegría en diversas situaciones relacionadas con la divinidad y con los personajes humanos y míticos de sus relatos. A continuación, a manera de ejemplo, se citan algunos pasajes, tomados de *Popol Vuh. Las antiguas historias del Quiché* (1984).

a) *Las obras de la divinidad producen alegría:*

- “Y así se llenó de alegría Gucumatz, diciendo: ¡Buena ha sido tu venida, Corazón del Cielo; tú, Huracán, y tú, Chipi-Caculhá, Raxa-Caculhá!” (p. 7)

b) *La alegría del ser humano es voluntad y don de Dios:*

- “Como fue dicho por el Creador y el Formador, la madre y el padre de la vida, de todo lo creado, el que da la respiración y el pensamiento, la que da a luz a los hijos, el que vela por la felicidad de los pueblos, la felicidad del linaje humano”. (p. 4)
- “Y así, durante el sueño, llegaron, verdaderamente hermosas, sus mujeres, al lado de Balam-Quitze, Balam-Acab, Mahucutah e Iqui-Balam. Allí estaban sus mujeres, cuando despertaron, y al instante se llenaron de alegría sus corazones a causa de sus esposas”. (p. 90)

c) *La alegría es un anhelo profundo del ser humano:*

- “¡Que los pueblos tengan paz, mucha paz y sean felices; y danos buena vida y útil existencia”. (p. 92)
- “Y estaban allí en Izmachí con un solo pensamiento, sin animadversiones ni dificultades, tranquilo estaba el reino, no tenían pleitos ni riñas, sólo la paz y la felicidad estaban en sus corazones”. (p. 131)

d) *La sana relación con la naturaleza produce alegría:*

- “Y de esta manera se llenaron de alegría, porque habían descubierto una hermosa tierra, llena de deleites, abundante en mazorcas amarillas y mazorcas blancas y abundante también en pataxte y cacao, y en innumerables zapotes, anonas, jocotes, nances, matasanos y miel”. (p. 86)
- “Grandemente se alegraron Balam-Quitze, Balam-Acab, Mahucutah e Iqui-Balam cuando vieron a la Estrella de la mañana. Salió primero con la faz resplandeciente, cuando salió primero delante del sol”. (p. 104)

e) *La alegría queda de manifiesto en la práctica de la alabanza y de la celebración del culto:*

- “Lloraban de alegría cuando estaban bailando y quemaban su incienso, su precioso incienso”. (p. 106)

Por ende, la religión maya-quiché concibe la alegría como una experiencia íntimamente vinculada a la relación del ser humano con la divinidad y con la naturaleza.

Los textos citados de los tres libros sagrados constituyen una selección ejemplificativa relacionada específicamente con la experiencia de la alegría. El presente trabajo no pretende agotarlos, ni mucho menos ignorar la existencia de otros textos que en los mismos libros puedan referirse a temas antagónicos o distintos de la alegría (por ejemplo, manifestaciones de enojo, disgusto, tristeza, temor, etc.), ya que tales experiencias y realidades también son propias del ser humano en su relación con la divinidad, con otros seres humanos y con el

mundo que le rodea. Lo que aquí se pretende enfatizar es que los tres presentan un claro mensaje acerca de la voluntad divina respecto de la felicidad humana, independientemente de la concepción de Dios que cada religión pueda tener, y con tal fundamento, puede afirmarse que la alegría tiene un profundo sentido teológico. Seguramente existen contenidos similares en los libros y preceptos sagrados de otras religiones no incluidas en el presente trabajo; dicho campo de exploración puede resultar interesante para la realización de investigaciones posteriores.

5. Sentido teológico de la alegría: voluntad divina y vocación universal

La alegría del ser humano es la voluntad de Dios para todas sus criaturas, sin excepción. Es una experiencia querida por Él para que todo ser humano viva una vida plena, feliz y realizada. La invitación no tiene un destinatario exclusivo: es una vocación universal. Por ende, “no hay razón para que alguien piense que esta invitación no es para él, porque nadie queda excluido de la alegría del Señor”. (EG 3)

Dentro de ese contexto de voluntad divina, la alegría plena del ser humano involucra a los demás seres humanos, a la Creación y fundamentalmente, a Dios. Para que una persona pueda alcanzar la alegría es necesaria la presencia de otros seres humanos y la interacción con los mismos, ya que por naturaleza el ser humano es social y fue creado para vivir en compañía de otros y en comunión con ellos. Por ello resulta casi imposible que un ser humano logre ser feliz si vive completamente solo y aislado de los demás, sin dar ni recibir ayuda o amor, y con total indiferencia respecto de quienes le rodean.

Adicionalmente, la Creación constituye otro elemento importante para alcanzar la alegría, pues es la obra que manifiesta a Dios y el “lugar de su presencia” (LS 88). Conforman el ámbito natural y material que ha sido dado al ser humano para vivir, desarrollarse, disfrutar y satisfacer sus necesidades y las de los demás en una respetuosa interdependencia; su cuidado y conservación le han sido confiados a cada persona, pues “el medio ambiente es un bien colectivo, patrimonio de toda la humanidad y responsabilidad de todos”. (LS 95)

Por último, aunque con carácter prioritario y fundamental, la alegría plena del ser humano involucra a Dios. Si una persona busca la alegría en fuentes puramente materiales o terrenales, sin duda alguna podrá experimentarla en alguna medida; pero si decide adentrarse

en la vida espiritual y buscarla en fuentes relacionadas con la trascendencia, podrá experimentarla en toda su plenitud. La alegría derivada de Dios y fundamentada en Él es una alegría trascendente. A pesar de ello, muchas veces se ha tenido la creencia errónea de que Dios es una especie de aguafiestas para el ser humano; que todo lo religioso es sinónimo de aburrimiento, de sufrimiento o de tristeza, cuando la realidad es precisamente todo lo contrario, ya que el plan de Dios para la humanidad es la alegría plena. Si su criatura más amada, el ser humano, alcanza la felicidad, Dios también es feliz; por ello hay que saber buscarlo y encontrarlo en la alegría. En toda alegría se manifiesta Dios, y a la vez, en Dios se alcanza la plena alegría.

De esa manera, puede afirmarse que la alegría es la resonancia del amor divino en el ser humano. Desde ese punto de partida se aborda a continuación la alegría específicamente cristiana.

CAPÍTULO II

LA ALEGRÍA CRISTIANA

“Estad siempre alegres en el Señor; os lo repito, estad alegres”.

(Flp. 4, 4)

Tras reflexionar acerca de los aspectos generales de la alegría en el ser humano, a continuación se aborda específicamente la alegría cristiana, es decir, la que tiene como fuente la fe en Jesucristo, el Hijo de Dios encarnado, muerto y resucitado.

¿Cómo puede definirse la fe? El *Catecismo de la Iglesia Católica* afirma que “por su revelación, «Dios invisible habla a los hombres como amigos, movido por su gran amor y mora con ellos para invitarlos a la comunicación consigo y recibirlos en su compañía». La respuesta adecuada a esta invitación es la fe”. (CCE 142) Dicha respuesta conlleva una adhesión intelectual, cordial y volitiva a un conjunto de verdades reveladas sobre Dios y sobre su actuación en el mundo, en el hombre y en la historia, y a la vez, la adopción de un estilo de vida coherente con esa fe, expresado a través de la conducta, las palabras y las obras (cf. St 2, 14.17).

La fe en Jesús, la aceptación de su mensaje y la adhesión a su proyecto conforman una opción fundamental de vida. Gracias a la fe, el creyente puede aceptar a Jesús como imagen de Dios invisible (cf. Col 1, 15), y llegar a comprender la dimensión infinita del amor de Cristo, que excede a todo conocimiento y que permite al ser humano llenarse de la plenitud de Dios (cf. Ef 3, 18-19). Esa certeza brinda a la existencia un sentido pleno y trascendente; impulsa a seguir a Aquel que es el camino, la verdad y la vida (cf. Jn 14, 6), y produce en la persona, una experiencia de libertad y de alegría. Dicha alegría, proveniente del Evangelio, “llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús. Quienes se dejan salvar por Él son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento. Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría”. (EG 1)

Pablo VI define la alegría cristiana como “una participación espiritual de la alegría insondable, a la vez divina y humana, del Corazón de Jesucristo glorificado” (GD 16), mientras que el Papa Francisco (2015a) afirma que la misma “no es una simple diversión, no

es una alegría pasajera; la alegría cristiana es un don, es un don del Espíritu Santo”. Por su parte, San Pablo afirma que la alegría es uno de los frutos del Espíritu Santo (cf. Ga 5, 22-23).

Como definición propia, puede afirmarse que la alegría cristiana consiste en la experiencia de plenitud y realización que tiene una persona que vive una vida con sentido y con propósito gracias a la fe en Cristo, a la esperanza en sus promesas y a la confianza plena de contar con su amor incondicional, amistad, misericordia y compañía. Es la forma como expresa su íntima convicción de que Cristo le ama y que bajo ninguna circunstancia le fallará ni le abandonará. Es la resonancia del amor divino en su existencia humana y el eco del Evangelio en su corazón.

La alegría cristiana se caracteriza porque no es abstracta, intimista, cómoda ni fugaz. Por el contrario: se concretiza a través del estilo de vida, de las obras y del seguimiento de Jesús; se vive comunitariamente; conlleva un compromiso evangelizador y permanece en todas las circunstancias de la vida, sean favorables o adversas, permitiendo que el creyente viva en la esperanza. No se basa en seguridades terrenas, sino que pone su confianza en el amor y en la sabiduría de Dios. No produce aislamiento, sino que invita a la donación de sí mismo a la causa del Reino, permitiendo a la persona pasar “de la muerte a la vida, de la tristeza al gozo, del absurdo al hondo sentido de la existencia, del desaliento a la esperanza que no defrauda. Esta alegría no es un sentimiento artificialmente provocado ni un estado de ánimo pasajero”. (DA 17)

En el capítulo I quedó establecido que Dios es la esencia de la alegría. Ahora bien, en un contexto de amor, entrega y servicio a la causa del Reino, esa alegría divina se encarna plenamente en Jesús de Nazaret, quien sin duda alguna “amaba la alegría; de hecho, vino para difundir la alegría del Padre, para dárnosla a conocer y gozar”. (Bravo, 2012, p. 69)

1. La alegría de Jesús

Jesús fue un hombre esencialmente alegre. En el transcurso de su vida terrena experimentó las alegrías propias de todo ser humano:

Él, palpablemente, ha conocido, apreciado, ensalzado toda una gama de alegrías humanas, de esas alegrías sencillas y cotidianas que están al alcance de todos. [...] Estas

alegrías humanas tienen para Jesús tanta mayor consistencia en cuanto son para Él signos de las alegrías espirituales del Reino de Dios. (GD 23)

La alegría de Jesús tuvo como fundamento: (a) su relación de amor filial con el Padre y su plena confianza en Él (cf. Mc 1, 11); (b) el saberse amado y habitado por el Espíritu Santo (cf. Lc 4, 18); (c) su ardiente deseo de que el mundo conociera a ese Dios a quien Él tiernamente llamaba *Abbá* (cf. Jn 17, 23); y (d) su profundo amor por la humanidad (cf. Jn 15, 13). Su alegría vital constituía una “resonancia, en su conciencia de hombre, del amor que él conoce desde siempre, en cuanto Dios, en el seno del Padre”. (GD 24) Por lo tanto, en Jesús, como en cada ser humano, la alegría es una resonancia del amor divino.

Para Jesús, dar a conocer la verdad sobre el rostro y el Reino de Dios, que Él mismo fue descubriendo paulatinamente a lo largo de su vida, se convirtió en un motivo de profunda alegría y en una misión que asumió y llevó a cabo con amor, entusiasmo y entrega. A través de su mensaje presentó el rostro de Dios como uno de alegría, amor incondicional, misericordia, perdón y esperanza (cf. Lc 15, 11-32); como el rostro de un Padre que desea para todos sus hijos una vida plena, libre y feliz. Asimismo, como una absoluta novedad para su tiempo y contexto, retrató a un Padre que, contrariamente a la creencia hasta entonces vigente, siente una debilidad especial por sus hijos más pequeños, indefensos y despreciados, quienes ocupan un lugar preferencial en su corazón (cf. Dt 10, 17; Lc 4, 18-19). Por otra parte, presentó el Reino de Dios como uno que abraza y acoge a todos; que implica paz, verdad, libertad, justicia y amor; un Reino en el que cada persona, sin excepción, está invitada a participar, debiendo asumir para ello un estilo de vida que se aleje de la autorreferencialidad y se abra a los demás en el amor y en el servicio. Dios, que en su esencia es amor (cf. 1 Jn 4, 8), reina en el corazón de cada ser humano que se lo permite y gracias a la acción de su Espíritu, lo transforma desde dentro para que pueda alcanzar una vida plena, dotada de sentido y abundante (cf. Jn 10, 10). Tales son el rostro y el Reino de Dios que Jesús proclamó alegremente, y que conformaron un mensaje novedoso, sorprendente, transformador y liberador, a la vez que una fuente inagotable de alegría para sus destinatarios.

Jesús se estremece de alegría cuando descubre las obras de Dios en favor de los pequeños (cf. Mt 11, 25), y cuando puede dar a conocer a los demás la verdad del amor divino, ese amor incomprensible que sobrepasa y desborda la mente y el corazón de la persona. Por ello, el mensaje de Jesús, su buena y gozosa noticia, su Evangelio, invita

insistentemente a la alegría. Dicha invitación queda de manifiesto en ejemplos concretos contenidos en los Evangelios, obras literarias y testimonios de fe que proclaman el misterio de Cristo.¹ El numeral 5 de *Evangelii Gaudium* proporciona algunos de ellos:

«Alégrate» es el saludo del ángel a María (Lc 1, 28). La visita de María a Isabel hace que Juan salte de alegría en el seno de su madre (cf. Lc 1, 41). En su canto María proclama: «Mi espíritu se estremece de alegría en Dios, mi salvador» (Lc 1, 47). Cuando Jesús comienza su ministerio, Juan exclama: «Ésta es mi alegría, que ha llegado a su plenitud» (Jn 3, 29). Jesús mismo «se llenó de alegría en el Espíritu Santo» (Lc 10, 21). Su mensaje es fuente de gozo: «Os he dicho estas cosas para que mi alegría esté en vosotros, y vuestra alegría sea plena» (Jn 15, 11). Nuestra alegría cristiana bebe de la fuente de su corazón rebosante. Él promete a los discípulos: «Estaréis tristes, pero vuestra tristeza se convertirá en alegría» (Jn 16, 20). E insiste: «Volveré a veros y se alegrará vuestro corazón, y nadie os podrá quitar vuestra alegría» (Jn 16, 22). Después ellos, al verlo resucitado, «se alegraron» (Jn 20, 20). El libro de los Hechos de los Apóstoles cuenta que en la primera comunidad «tomaban el alimento con alegría» (2, 46). Por donde los discípulos pasaban, había «una gran alegría» (8, 8), y ellos, en medio de la persecución, «se llenaban de gozo» (13, 52). Un eunuco, apenas bautizado, «siguió gozoso su camino» (8, 39), y el carcelero «se alegró con toda su familia por haber creído en Dios» (16, 34). (EG 5)

1.1 El anuncio del “Dios con nosotros”: la alegría mesiánica

Jesús fue, en sí mismo, un mensaje de alegría. Él encarnó el sueño y la vocación de Dios para toda la humanidad. En Él se cumplen plenamente las promesas divinas (Lc 2, 10-11) y se hacen realidad los anhelos del pueblo de Israel,² si bien el mensaje del Evangelio está destinado a todo el género humano.

“¡Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo!” (Lc 1, 28) Las palabras del ángel Gabriel constituyen una invitación a la alegría dirigida a María, pero extendida también al

¹ El Evangelio según San Juan contiene numerosas referencias expresas e implícitas acerca de la alegría. Para profundizar al respecto, se recomienda consultar *La posibilidad de la alegría a la luz del Evangelio de Juan* (Aguilar, 2013).

² Aunque no todo el pueblo de Israel supo, pudo o quiso reconocer en Él, la realización de sus anhelos mesiánicos (cf. Jn 1, 11).

pueblo de Israel y a la humanidad entera. El motivo es simple y a la vez grandioso: dichas palabras abren el anuncio de un acontecimiento único, que reúne la llegada del Mesías al mundo con la visita de Dios a su pueblo (cf. Lc 1, 68). Jesús es el ungido de Dios, el Mesías esperado, el Cristo,³ y a la vez, el Emmanuel, el Dios con nosotros (cf. Mt 1, 23); por ende, constituye un motivo extraordinario de alegría:

Siglos antes del nacimiento de Jesús, los profetas anunciaron la venida del Mesías como un acontecimiento de alegría y de gozo. Al llegar la plenitud de los tiempos, la primera revelación de Jesús referida en el Evangelio -cuando todavía estaba en el seno materno- fue la alegría con que se estremeció el Precursor al recibir su madre Isabel, la visita de María: «En cuanto llegó tu saludo a mis oídos, el niño saltó de gozo en mi seno». Todavía Jesús no ha nacido y su presencia ya siembra el júbilo. (Echavarría, s.f.)

El Verbo de Dios (cf. Jn 1, 1) se encarnó en la plenitud de los tiempos (cf. Ga 4, 4), y personificó la alegría eterna de Yahvé, el Dios revelado del Antiguo Testamento, quien durante siglos constituyó una fuente de gozo para el pueblo de Israel, y que ahora, en la persona de Su Hijo amado, lo sería para todo el género humano.

1.2 Jesús anuncia y hace presente la alegría del Reino

Por lo anteriormente indicado, la vida de Jesús fue causa de una profunda alegría para muchos. Luego, tras su pasión y su muerte, se convirtió en el más excelso motivo de alegría por su gloriosa resurrección; por la vida nueva que dio al género humano; por el don del Espíritu que concedió a su Iglesia y por la misión que confió a sus discípulos, consistente en llevar el Evangelio a toda persona de todo tiempo y lugar.

Durante su predicación, con su mensaje y sus gestos, Jesús provocó alegría entre personas comúnmente despreciadas, como los niños, las mujeres, los pecadores y los enfermos, ya que los acogía con cariño, comía en su casa, los sanaba y les concedía el perdón de sus pecados. Los Evangelios están colmados de relatos en tal sentido; a manera de ejemplo, pueden mencionarse: la defensa de los niños (cf. Mt 19, 13-15); el juicio de la mujer adúltera (cf. Jn 8, 1-11); el encuentro con la samaritana (cf. Jn 4, 5-42); la curación del ciego

³ El vocablo *Cristo* proviene de la traducción griega del término hebreo "Mesías" que quiere decir "ungido". (cf. CCE 436)

de Jericó (cf. Lc 18, 35-43); la comida en casa de Zaqueo (Lc 19, 1-10), y muchos más. Jesús subvirtió el orden hasta entonces establecido acerca de los motivos para la alegría e instauró uno nuevo, el del Reino de Dios, que considera bienaventurados (cf. Mt 5, 1-12; Lc 6, 20-49) a quienes se supone que no pueden serlo porque experimentan todo aquello que el mundo considera como causa de tristeza, sufrimiento, lágrimas y dolor. Sin duda alguna, la dicha de pertenecer al Reino es “una dicha paradójica hecha de cosas que el mundo rechaza”. (EN 8)

En el tiempo de Jesús, el judaísmo proclamaba que algunas situaciones humanas, tales como la salud, la felicidad y la prosperidad material eran el premio merecido por los “buenos” y “justos” a causa de sus buenas obras, mientras que la enfermedad, el sufrimiento y la pobreza constituían el justo castigo para los “malos” a causa de sus pecados. En este último caso, el castigo era tan ejemplar que rebasaba la propia vida del responsable y se transmitía a sus descendientes (cf. Jn. 9, 2).⁴ Se creía que Dios amaba y estaba del lado de aquellos a quienes les sonreía la vida, pero que daba la espalda a quienes habían osado a desobedecer sus mandatos, y de ahí provenían sus males y desventuras. A dicha concepción se le conoce como teología de la retribución. De acuerdo con esa mentalidad, resultaba totalmente inconcebible que Dios pudiera estar pendiente, acompañar, compadecerse o dar solución a las situaciones que eran consideradas como una desgracia y un castigo merecidos.

Pero viene Jesús y llama “felices” y “bienaventurados” a aquellos que hasta entonces habían sido considerados como “castigados”, “excluidos” y “despreciados”. De manera sorpresiva, alegre y contundente les anuncia que Dios conoce sus padecimientos, se compadece de ellos, los acompaña y oportunamente obrará en su favor para aliviar sus sufrimientos y concederles una recompensa (cf. Mt 5, 12). Por otra parte, desmiente que las referidas situaciones difíciles sean un castigo, definiéndolas antes bien como escenarios en los que se manifestará la gloria de Dios, tal como sucedió con la curación del ciego de nacimiento (cf. Jn 9, 3) o la resurrección de Lázaro (cf. Jn 11, 4.40).

Por ende, las bienaventuranzas son el anuncio gozoso de que el Reino de Dios es para todos, especialmente para los que más sufren. Nadie queda excluido. Es más, cuando Jesús “comenzó a anunciar el Reino [...] a los que estaban cargados de dolor, agobiados de

⁴ En el relato evangélico de la curación del ciego de nacimiento, los propios discípulos de Jesús le cuestionan: “Rabbi, ¿quién pecó, él o sus padres, para que haya nacido ciego?”, mostrando así la mentalidad judía de aquel tiempo.

pobreza, les aseguró que Dios los tenía en el centro de su corazón [...] con ellos se identificó [...] y enseñó que la misericordia hacia ellos es la llave del cielo” (EG 197). Las bienaventuranzas son, en su esencia más pura, una noticia de desbordante alegría. Ahora bien, a pesar de que las situaciones de tribulación, dolor y sufrimiento no son deseadas por Dios para ninguno de sus hijos, de alguna manera los seres humanos, al experimentarlas, se liberan de la autosuficiencia y se reconocen más dócilmente necesitados de su Creador, llegando incluso a reenfocar su camino y a adoptar valores imperecederos como criterios de vida, por encima de otros criterios de índole puramente material y temporal. Una persona que atraviesa situaciones desafortunadas suele tener mayor sensibilidad respecto de lo divino, ya sea para percibir a Dios en los acontecimientos o bien para cuestionarlo acerca de sus motivos, pero de una u otra forma, muestra mayor cercanía con lo trascendente. Las situaciones difíciles, como las descritas en las bienaventuranzas, hacen que el ser humano descubra el papel indispensable que Dios tiene en su vida y que se enfoque en amarle más y en depender de Él, en vez de poner su confianza en seguridades terrenas.

Dios, el Padre de la misericordia, se conmueve especialmente por sus hijos que sufren; los acompaña, los sostiene, los conforta, y a la vez, interpela a quienes gozan de una mejor situación que ellos, para que propicien en su favor una respuesta fraterna y solidaria. En ese sentido,

El Reino pertenece a los pobres y a los pequeños, es decir, a los que lo acogen con un corazón humilde. Jesús fue enviado para «anunciar la Buena Nueva a los pobres». Los declara bienaventurados porque de «ellos es el Reino de los cielos»; a los «pequeños» es a quienes el Padre se ha dignado revelar las cosas que ha ocultado a los sabios y prudentes. Jesús, desde el pesebre hasta la cruz comparte la vida de los pobres; conoce el hambre, la sed y la privación. Aún más: se identifica con los pobres de todas clases y hace del amor activo hacia ellos la condición para entrar en su Reino. (CCE 544)

Por tal motivo, las bienaventuranzas no son un llamado a la resignación personal o social respecto de las situaciones de injusticia y de opresión, ni mucho menos una excusa para conformarse pasivamente con las estructuras que restringen y vulneran los derechos fundamentales de las grandes mayorías. Por el contrario: la intervención divina para solucionarlas pasa necesariamente por las acciones justas y solidarias que los demás seres humanos puedan tomar de cara a los valores del Reino y en aras del bien común.

Por último, las bienaventuranzas hacen presente la alegría del Reino porque afirman la cercanía de Dios con todos sus hijos: con quienes nadan en la abundancia y con quienes padecen la escasez; con quienes poseen el tesoro de la salud y con quienes se encuentran sometidos a grandes padecimientos físicos, psíquicos o morales; con quienes experimentan la alegría y con quienes pasan toda su vida buscando, sin éxito, un motivo para la misma. Sin más, son la concreción de la opción preferencial de Dios por los pobres. Su novedad consiste en que proclama bienaventurados a los pequeños, a los pobres y a los marginados porque Dios está con ellos. Son una invitación a la alegría y a la esperanza, y a la vez, una exhortación urgente a la acción solidaria y fraterna hacia las personas más desfavorecidas. Si Dios está del lado de los marginados, ellos pueden tener la esperanza cierta de salir tarde o temprano de su situación para alcanzar la vida plena que merecen de acuerdo con su dignidad de personas.

Más allá del gozo de las bienaventuranzas, la alegría es un tema recurrente y transversal de todo el mensaje evangelizador de Jesús, que hace continua referencia a ella. Aparece, entre otros, en los relatos del sembrador (cf. Mt 13, 3-9), del hombre que encuentra el tesoro escondido y del mercader que encuentra la perla preciosa (cf. Mt 13, 44-46), del pastor que encuentra la oveja (cf. Lc 15, 4-7), de la mujer que halla la dracma (cf. Lc 15, 8-10), de los invitados al banquete (cf. Mt 22, 1-14), del padre que recibe al hijo pródigo (cf. Lc 15, 11-32), de la mujer que acaba de dar a luz (cf. Jn 16, 21), de la conversión de Zaqueo (cf. Lc 19, 1-10), de la generosidad de la viuda (cf. Lc 21, 1-4). Él mismo la experimenta al comprobar que Dios ha revelado las verdades del Reino a los más pequeños, dejándolas ocultas a los sabios y entendidos (cf. Lc 10, 21). (Milián, 2014, p. 12) Su alegría es tan auténtica y tan profunda, que desea compartirla; su mayor anhelo es que sus discípulos la experimenten, como Él, en plenitud (cf. Jn 15, 11), y los invita a que se alegren cuando sus nombres estén escritos en los cielos (cf. Lc 10, 20).

1.3 Jesús, fuente de la alegría cristiana

El cristiano bebe el agua de la alegría en el manantial de Jesús de Nazaret. ¿En qué sentido? En un sermón de Navidad, San León Magno (citado por Mercabá, s.f.) lo explica magistralmente:

Nuestro Salvador ha nacido hoy; alegrémonos. No puede haber, en efecto, lugar para la tristeza, cuando nace aquella vida que viene a destruir el temor de la muerte y a darnos la esperanza de una eternidad dichosa. Que nadie se considere excluido de esta alegría, pues el motivo de este gozo es común para todos; nuestro Señor, en efecto, vencedor del pecado y de la muerte, así como no encontró a nadie libre de culpa, así ha venido para salvarnos a todos. Alégrese, pues, el justo, porque se acerca la recompensa; regocíjese el pecador, porque se le brinda el perdón; anímese el pagano, porque es llamado a la vida.

El cristiano se alegra al saber que Jesús le amó y se entregó a sí mismo por cada persona (cf. Ga 2, 20), y con esa certeza vive, desde la fe y la esperanza, una existencia colmada de alegría. El encuentro con Jesús transforma y promueve a la persona, confiriéndole un nuevo rol, el del discípulo que escucha, sigue e imita a su Maestro, continúa con su obra y encuentra en ello un sentido profundo para su vida y una luz que ilumina todas las demás realidades de su existencia. Ese encuentro es primordial, porque “no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva”. (DCE 1)

Con base en todo lo indicado, ¿cómo podría Jesús no ser fuente de alegría? La persona que se ha encontrado con Él ha podido sentir la mirada de un amigo que le comprende y perdona siempre; ha gozado de su ternura; ha experimentado la sanación de su corazón quebrantado (cf. Is 61, 1; Lc 4, 18) o bien la liberación de alguna circunstancia que oprimía su vida. También ha podido descubrir, con asombro, la radical preferencia de Dios por todo lo sencillo, lo pequeño y lo aparentemente insignificante. Se ha sentido arropada por un amor incondicional que la envuelve, y habitada por un Espíritu que la vivifica. Como consecuencia de todo ello, se ve colmada de alegría y se siente llamada a conocer mejor a Jesús, a seguirle y a continuar con su obra, consciente de que Él está vivo, presente y actuante en cada persona que lo acoge, en la Iglesia y en el mundo, y que sigue ofreciendo la verdad de su mensaje a todo aquel que tenga oídos y quiera escucharle (cf. Mt 13, 9). Jesús es fuente de alegría y motivo de esperanza, pues muestra un camino de humanismo y fraternidad que puede ser recorrido por cualquier persona que desee transformarse en la mejor versión posible de sí misma.

1.4 Jesús comparte su alegría mediante el don del Espíritu

Jesús no se limita a anunciar y a vivir la alegría; también la comparte con sus discípulos, con la Iglesia naciente y con la de todos los siglos a través del don del Espíritu Santo. Él comparte con la humanidad la alegría trinitaria, que proviene del Padre, es anunciada y vivida por Él mismo como Hijo, e infundida por el Espíritu Santo. De esa manera, la alegría no solamente es una vocación, sino también un don divino y un fruto de la acción del Espíritu Santo en el ser humano, tal como asegura San Pablo: “Los frutos del Espíritu son amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, modestia, dominio de sí” (Ga 5, 22).

2. Las primeras comunidades cristianas

El evangelista San Lucas relata que cuando Jesús resucitado se presentó en medio de los discípulos y les deseó la paz, ellos, sobresaltados y asustados, creían estar viendo un espíritu. Él los tranquilizó y pacientemente les mostró motivos materialmente comprobables para que pudieran creer. Entonces, lo que sus sentidos veían y palpaban ellos no acababan de creérselo a causa de la alegría (cf. Lc 24, 36-43). Luego, trascendiendo lo sensorial, fueron desarrollando una convicción interior acerca de que el mismo Jesús con quien habían compartido la vida y que había muerto por amor y fidelidad al Padre, había vencido a la muerte, y eso era un hecho que interpelaba su fe y los llenaba de tranquilidad y de alegría. Los embargaba el júbilo porque su Maestro seguía vivo, porque su proyecto de amor continuaba y porque, asumiendo su estilo de vida y proclamando su mensaje, ellos también podrían experimentar y compartir el Reino de Dios y sus valores.

Fue precisamente la alegría pascual unida al don del Espíritu Santo lo que les permitió comprender todo el misterio de Cristo encarnado, muerto y resucitado, y los impulsó a cumplir la misión de evangelizar al mundo entero que les fue encomendada (cf. Mt 28, 18-19). A los cristianos de las primeras comunidades, la alegría de la fe los fortaleció para soportar las más duras pruebas, incluyendo el rechazo, la persecución y el martirio. Desde los orígenes de la Iglesia hasta el presente, la vocación a la alegría cristiana ha sido una invitación constante a encontrarla asumiendo el estilo de vida de Jesús en un mundo hostil al Evangelio y a la praxis que el mismo conlleva. No obstante, Jesús brinda a su Iglesia lo que prometió a sus discípulos: una alegría que nadie puede quitar (cf. Jn 16, 22).

3. Algunos testimonios de “alegres santos”

La santidad y la alegría van de la mano; así lo han descubierto, asumido y vivido, hasta sus últimas consecuencias, los santos de la Iglesia Católica; algunos canonizados, otros no. Ellos han sabido encontrar el camino que conduce a la alegría plena y constituyen un ejemplo digno de imitar, pues proclaman con sencillez “que el Evangelio de Jesús no es un delirio ni un imposible” (García, s.f.), encontrando su alegría en el Señor (cf. Flp 4, 4).

Quienes han descubierto la alegría de vivir conforme al Evangelio y han asumido con radicalidad, valentía y coherencia el estilo cristiano de pensar, hablar y actuar, alcanzan invariablemente la santidad. Hoy en día existen muchos cristianos que viven la profunda alegría de creer en Jesús y se esfuerzan por comunicarla y compartirla con quienes les rodean.

A continuación, a manera de ejemplo y en orden cronológico, se mencionan los nombres y datos biográficos relevantes de algunos santos que han vivido con alegría una vida arraigada en el amor a Dios y a los demás.

3.1 Santa María de Nazaret (Palestina, siglo I)

La Madre de Jesús es la más perfecta expresión humana de la santidad y de la alegría cristiana. A través del canto del *Magnificat*, supo expresar el gozo inmenso que la acción de Dios provocaba en Ella (cf. Lc 2, 47). Sus motivos de alegría fueron muchos, pero llegaron a la plenitud con su maternidad, a través de la cual dio al mundo “el primer destello de alegría auténtica”. (García, s.f.) Su vida transcurrió entre la alegría y el dolor, ambos provenientes de Jesús y compartidos con Él, quien a su vez los dotó de pleno sentido. María es Madre del “Evangelio viviente” y manantial de alegría para los pequeños (cf. EG 288); Ella, junto con Cristo, recapitula todas las alegrías y vive la perfecta alegría prometida a la Iglesia (cf. GD 34).

3.2 San Francisco de Asís (Italia, 1182-1226)

Después de una profunda conversión y del abandono de la vida acomodada que solía llevar como hijo de un rico mercader, predicó la pobreza como un valor y propuso “un modo de vida sencillo donde el corazón se ensancha por el aire del Evangelio”. (García, s.f.)

Afirmaba que la alegría perfecta se encuentra en soportar las tribulaciones de la vida con paciencia y con gozo, acordándose de los padecimientos de Cristo y sobrellevando la adversidad con amor. (*Floreillas de San Francisco*, p. 23)

3.3 San Felipe Neri (Italia, 1515-1595)

Fue conocido por su gran bondad, amabilidad y alegría. Por cuarenta años fue catequista en Roma, dio acompañamiento espiritual a personas de todas las edades y estratos sociales y realizó apostolado con pobres y enfermos. “Tuvo siempre el don de la alegría. Donde quiera que él llegaba se formaba un ambiente de fiesta y buen humor”. (Aci Prensa, s.f.) Tenía una profunda vida de oración y en una ocasión, al sentir que su corazón ardía de amor por el Señor, exclamó: “¡Basta Señor, basta! ¡Que me vas a matar de tanta alegría!”. (Aci Prensa, s.f.)

3.4 Santa Rosa de Lima (Perú, 1586-1617)

Originalmente bautizada como Isabel Flores de Oliva, e incorporada primero como terciaria franciscana y luego como terciaria dominica, Rosa fue una “Santa mística de primer orden. [...] El amor de Dios inflamaba su espíritu de tal manera que todo su ser respiraba caridad y deseo de ayudar al prójimo por medio de sus oraciones, sufrimientos y colaboración personal. [...] A pesar de buscar siempre la soledad para estar a solas con Dios y no perder tiempo en cosas o conversaciones inútiles, era muy alegre. Por eso podemos llamarla la alegría de Dios”. (Peña, s.f., p. 4) Haciendo referencia a su alegría de vivir, Peña afirma que “Rosa era una mujer feliz, a pesar de tantas enfermedades y penitencias que soportaba. Se sentía tan dichosa de poder así demostrarle el amor a su esposo Jesús y ayudarle en la gran tarea de la salvación del mundo que se sentía inmensamente feliz”. (s.f., p. 48) Cristo era la fuente de su alegría: “¡Cuántas veces veía al niño Jesús que se le aparecía en medio de sus labores y en medio de sus éxtasis para alegrarle el corazón!” (Peña, s.f., p. 63) Indudablemente, no necesitaba más para ser feliz.

3.5 Santo Hermano Pedro de San José Betancur (España, 1626-1667)⁵

Este miembro de la Tercera Orden de penitencia de la Orden de San Francisco de Asís se entregó humilde y desinteresadamente al servicio de los más pobres, haciendo vida el Evangelio a través de la solidaridad, la alegría, la misericordia y el amor. Para él, “la vida de piedad tenía que ser acompañada de la práctica de la caridad y la ascesis estaba fundada en el amor alegre [...] hacia Dios y las personas”. (Conferencia Episcopal de Guatemala, 2002, p. 16) Se cuenta que “durante los 16 años que [...] vivió en Guatemala, además de sus múltiples dones y virtudes, se caracterizó por su constante alegría y buen humor en todo momento. En especial, durante la celebración de Corpus Christi en la Catedral de Santiago de Guatemala, cuando enarbolaba su capa en un palo, danzaba y saltaba frente a la procesión del Santísimo, que daba vuelta a la Plaza Mayor. Al hacerlo gritaba con entusiasmo: «Alegría cristianos, cristianos alegría». Similar entusiasmo le provocaban las festividades navideñas y dedicaba toda su creatividad para celebrarlas”. (Torres, 2 de diciembre de 2015)

3.6 San Juan Bosco (Italia, 1815-1888)

Según la página web *Salesiana, xq no?* (2014), era conocido como el “santo de la alegría”. Su vida fue un verdadero ejemplo de servicio gozoso en favor de sus amados jóvenes. Fundó la Orden Salesiana, cuyo carisma se basa en una propuesta de santidad entendida como “una alegría profunda en lo cotidiano; [...] sin importar lo que hagamos, hay que hacerlo con alegría; aún los momentos difíciles debemos estar alegres porque somos amados por Dios y Él está siempre con nosotros. Don Bosco repetía constantemente: «Para nosotros la santidad consiste en estar siempre alegres»”. (Parroquia Espíritu Santo de Ciudad de Guatemala, s.f.)

⁵ Pedro de San José Betancur nació en Vilaflor de Tenerife, España; no obstante, realizó la mayor parte de su apostolado misionero en la ciudad de Antigua Guatemala, Guatemala, Centroamérica, donde descansan sus restos mortales y donde es objeto de profunda veneración popular. Por tal motivo es considerado como un santo guatemalteco, aunque su influencia también abarca al resto del continente americano, siendo reconocido como un “mensajero del amor de Dios en América”. (Conferencia Episcopal de Guatemala, 2002, p. 13)

3.7 San Alberto Hurtado (Chile, 1901-1952)

Sacerdote jesuita que afirmaba que “la alegría o el dolor, es siempre la visita de Dios”, y que “hay algo que todos queremos unánimemente en todo el mundo... Todos convenimos en una aspiración: la alegría. Todos queremos ser felices... El corazón humano busca la alegría, lo positivo, el amor”. A lo largo del día, al realizar sus actividades cotidianas, solía repetir una jaculatoria: “contento, Señor, contento”. (Parroquia y Santuario Nuestra Señora de Lourdes de Santiago de Chile, s.f.)

3.8 Beato Oscar Arnulfo Romero y Galdámez (El Salvador, 1917-1980)

Fue un siervo de Cristo marcado por la alegría:

“Monseñor Romero, después de su gran cambio tras el martirio de Rutilio Grande y sus dos compañeros, fue una persona muy alegre. [...] El tema de [su] homilía el 20 de enero de 1980 fue: «Cristo manifiesta su gloria en la felicidad de los hombres». La pronunció en medio de una situación de violencia y de represión: «Cualquiera diría que es un sarcasmo cuando en El Salvador hay tanta aflicción, tanto temor, tanta psicosis, que se nos invite a la alegría y, sin embargo, creo que ningún llamamiento es tan oportuno para nuestra patria y para los salvadoreños, como el llamamiento litúrgico de esta mañana: de alegría, de optimismo... Dios no es un Dios triste, Dios es Dios fiesta, Dios festín, Dios alegría y en el corazón del hombre que tiene fe, no cabe el pesimismo». Lo que llenó a Monseñor Romero especialmente de gozo y de alegría fue su experiencia de Dios en los pobres”. (Maier, 2014, pp. 45-46)

En conclusión, los santos hacen vida el Evangelio de Jesús y contribuyen a instaurar el Reino de Dios en el mundo, haciendo resonar el amor divino a través de su alegría. Por ello, dicha alegría ilumina sus rostros “como el reflejo de una presencia desbordante” (Mattei, 2014, p. 47).

4. La alegría en medio del sufrimiento

Jesús asumió alegremente la misión de predicar la Buena Nueva del Reino y supo enfrentar todas las consecuencias que dicha misión conllevaba. Una de ellas fue que a lo largo

de su vida se mantuvo familiarizado con el sufrimiento, ya que al asumir la condición humana no hubo para Él excepciones en ningún sentido. Experimentó circunstancias nada fáciles, tales como nacer en el sitio más humilde posible; la persecución, el exilio, la pobreza, una infancia sin privilegios y una adolescencia y juventud dedicadas al trabajo honesto y esforzado. Tras el comienzo de su vida pública, conoció el rechazo de sus parientes; la confrontación con las autoridades políticas y religiosas de su tiempo; la burla de los “sabios”; el ser buscado, en algunos casos, solamente por el interés de sus milagros; el corazón cerrado de muchos de sus hermanos de raza y de fe; la incompreensión de la profundidad liberadora de su Evangelio por parte de sus propios discípulos; la negación y la traición de parte de sus amigos, y el profundo dolor de su Madre. Todo ese sufrimiento alcanzó su punto culminante en su pasión y su muerte, cuando encarnó en plenitud al Mesías de Dios, al “varón de dolores”, al “siervo doliente de Yahvé” perfilado en los *Cánticos del Siervo* del Profeta Isaías (cf. Is 42, 1-4; 49, 1-6; 50, 4-9; 52, 13-53, 12). El sufrimiento de Jesús en su pasión y su muerte es redentor de la humanidad; pero el dolor de toda su vida puede ser tomado como modelo, y a la vez, considerado y asumido como fuente de amor, de humildad, de consuelo, de ternura, de sanación, de fortaleza e incluso de alegría por el ser humano que sufre en el aquí y en el ahora de la historia (cf. 1 Pe 4, 13).

Con las palabras: “Alegraos de la esperanza que compartís; no cejéis ante las tribulaciones y sed perseverantes en la oración” (Rm 12, 12), San Pablo exhorta a los cristianos de Roma a vivir alegremente y a perseverar en la fe para no dejarse vencer por los sufrimientos de la vida. Es una realidad innegable, y muchas veces incomprensible, que no exista vida sin alegría, pero tampoco sin sufrimiento.⁶ Es inevitable que el creyente comparta, de una u otra manera, el dolor de su Señor, ya que peregrina por el mismo camino que recorrió su Maestro, Jesús de Nazaret, el hombre alegre que supo asumir con valentía y radicalidad el papel que requería su misión evangelizadora y redentora, es decir, el de ser, por amor, un “varón de dolores” (cf. Is 53, 3). Así, por paradójico que parezca, “para recibir la honda alegría no basta con seguir a un Jesús cualquiera, sino a uno que muestra la señal de los clavos”. (Fernández-Martos, s.f.)

⁶ Todo ser humano, por su condición de criatura, está expuesto al dolor y al sufrimiento, ya sea derivados de su propia finitud o bien surgidos como consecuencia de sus decisiones. Adicionalmente a ello, el cristiano se ve expuesto a tribulaciones provenientes de intentar vivir coherentemente una vida según el Evangelio -aunque tenga al mundo entero en contra-, y de trabajar por instaurar los valores del Reino en un entorno hostil, que suele combatir o destruir a quienes emprenden esa lucha.

La alegría y el sufrimiento conviven con la fe. La vida cristiana no puede reducirse simplemente a una experiencia personal e intimista de piedad, espiritualidad y alegría abstractas; a una conciencia aislada y autorreferencial,⁷ ni mucho menos a un eficiente -aunque en ocasiones egocéntrico, protagónico o poco humilde-, servicio al Señor *ad intra* del templo. Antes bien, debe vivirse en forma comunitaria y de cara al dolor y al sufrimiento, tanto propio como ajeno (cf. Lc 10, 29-37).

Esto último cobra especial relevancia cuando se trata de personas que forman parte del grupo que ocupa un lugar preferencial en el corazón de Dios, es decir, el conformado por los pobres y empobrecidos, los huérfanos, los ancianos, los enfermos, los marginados, los tristes y los despreciados de la sociedad: todos aquellos que se ubican en las llamadas “periferias existenciales” (EG 20 y 46). En el mundo de hoy, esas periferias se extienden a los migrantes, a los explotados, a los ignorantes, a las víctimas de la violencia y de la guerra, a aquellos para quienes el desarrollo integral es solamente una utopía, y a todos los que padecen las nefastas consecuencias de la corrupción de los sectores público y privado de los diferentes países, la cual provoca el enriquecimiento de unos pocos a costa de la injusticia, de la indigencia y hasta de la muerte de miles de seres humanos. Servir a estos pobres de Dios, acompañarles, acogerles y ayudar a propiciar para ellos mejores condiciones de vida, implica un esfuerzo anónimo, y la mayor parte del tiempo, carente de brillo eclesial y social. Sin embargo, en esos Cristos vivientes, para quienes incesantemente “la historia sigue produciendo cruces” (Sobrino, 2013, p. 392), en sus semblantes tristes y en sus esperanzas rotas, debe saberse reconocer a Jesús de Nazaret, quien vuelve a encarnarse y a padecer la injusticia, la opresión, la marginación, la violencia y la corrupción. No existe cristiano ni ser humano de buena voluntad que quede exento de tratar de aliviar esas situaciones de dolor y de sufrimiento.

Puede afirmarse que existe una especie de relación tripartita entre la fe, la alegría y el sufrimiento; las tres realidades se interrelacionan: (a) de la fe nace la alegría y en la fe encuentra sentido el sufrimiento; (b) la alegría contribuye a sobrellevar el sufrimiento y a propagar la fe; y (c) el sufrimiento llevado con alegría es un irrefutable testimonio de fe. Paradójicamente, aun cuando existan situaciones límite y tengan lugar acontecimientos trágicos o devastadores, en ellos siempre se hará presente Dios, el Dios que es alegría, para dotarlos de sentido en el amor.

⁷ “Conciencia aislada” y “autorreferencialidad” son expresiones utilizadas por el Papa Francisco en EG.

Ante el dolor y el sufrimiento, la alegría refleja la honda y serena convicción de que Cristo acompaña a quien sufre; es una manifestación de la confianza puesta en su amor y en su poder, aun cuando sus planes y designios puedan resultar incomprensibles para la razón humana. El creyente que sufre la experimenta en lo profundo de su corazón como una resonancia del amor de Dios, por quien se siente amado incondicionalmente; no obstante, se reconoce que conservar la alegría en medio de la tribulación no es nada fácil: la persona debe optar por alegrarse en Cristo aunque la tristeza y el sufrimiento sean sus inseparables compañeros de camino.

5. La alegría, modo de ser y de actuar propio del cristiano

¿Cómo puede reconocerse a un cristiano en medio de una agrupación humana? Idealmente, entre otras características, por su actitud, testimonio, palabras, acciones y semblante alegre, ya que quien sigue a Jesús debe vivir contento, con la certeza y la confianza que le da la fe. Su disposición personal y su modo alegre de vivir deben traducirse en un talante particular: el propio del discípulo de Cristo.

Dentro de ese contexto, el Papa Francisco (2015a) afirma que “un cristiano sin alegría no es cristiano. Un cristiano que continuamente vive en la tristeza, no es cristiano. Y a un cristiano que en el momento de las pruebas, de las enfermedades o de tantas dificultades, pierde la paz, le falta algo”. Cabe entonces preguntarse, ¿puede un cristiano vivir sin alegría? ¿Puede transmitir y contagiar su fe sin ella? La buena noticia del Evangelio, creída en profundidad y asumida con radicalidad, no puede menos que producir alegría, la cual se hace tan evidente en la vida del cristiano que se asemeja a una fragancia que perfuma o a una luz que ilumina todo lo que está a su alrededor. Por ello constituye el modo de ser y de actuar propio del cristiano en todo momento y lugar, un signo distintivo de su fe, la resonancia del amor divino en su existencia humana, y el eco del Evangelio en su corazón.

Es más: el cristiano, sabiéndose llamado a la santidad, se alegra y se recocija aun cuando es perseguido o humillado por la causa de Jesús (cf. Mt 5, 12), y lejos de mostrar “un espíritu apocado, tristón, agriado, melancólico, o un bajo perfil sin energía, [...] es capaz de vivir con alegría y sentido del humor. Sin perder el realismo, ilumina a los demás con un espíritu positivo y esperanzado”. (GE 122) En la realidad del mundo actual, tan necesitado de esperanza, tan invadido por la tristeza y tan deslumbrado por las apariencias, es sumamente

necesaria una actitud de disponibilidad para que cada cristiano pueda responder al reto de irradiar en él fe, esperanza y alegría.

CAPÍTULO III

LA ALEGRÍA EN EL ÁMBITO PASTORAL

“Camina con pasos de gigante.
Ve por todo el mundo, proclama la Buena Nueva,
enjuga las lágrimas del dolor; reanima los corazones desalentados, reúne los corazones divididos,
abrazo el mundo con el ardor de tu amor”.

(Van Thuan, s.f., p. 36)

Cuando el amor incondicional de Dios Padre, la verdad liberadora del Evangelio de Jesús y la fuerza vivificante del Espíritu Santo tocan y transforman la vida de una persona, la llenan de alegría, una alegría que es eminentemente misionera (cf. EG 21), pues la impulsa a no conservar únicamente para sí misma lo que cree y vive, sino a comunicarlo a los demás. De esa manera,

El discípulo, fundamentado así en la roca de la Palabra de Dios, se siente impulsado a llevar la Buena Nueva de la salvación a sus hermanos. Discipulado y misión son como las dos caras de una misma medalla: cuando el discípulo está enamorado de Cristo, no puede dejar de anunciar al mundo que solo él nos salva. (Cf. Hch 4,12). (Benedicto XVI, 2007, pp. 192-193)

La persona o comunidad eclesial que ha tenido un encuentro real con Jesús, no puede dejar de transmitir con su palabra y con su vida, la alegre noticia de aquello que ha visto y oído (cf. Hch 4, 20). Surge entonces la interrogante: ¿cómo llevar a cabo esa desafiante misión? Primordialmente, como Jesús. “La Iglesia debe cumplir su misión siguiendo los pasos de Jesús y adoptando sus actitudes”. (DA 31)

1. El estilo pastoral de Jesús, modelo para el cristiano

Como quedó establecido en el capítulo II, Jesús vivió, habló y actuó con alegría, la cual fue una característica esencial de toda su praxis pastoral. Su presencia irradiaba amor y esperanza, y sus palabras eran coherentes con sus actos. Pasó por el mundo hablando del bien y haciéndolo a los demás (cf. Hch 10, 38). Encarnó la verdad, la vida, el amor, la libertad, la alegría y el Reino. Por tales motivos, “toda la vida de Jesús, su forma de tratar a los pobres,

sus gestos, su coherencia, su generosidad cotidiana y sencilla, y finalmente su entrega total” (EG 265) constituyen el estándar, el modelo y la referencia de todo estilo pastoral y evangelizador.

Siguiendo dicho modelo, el cristiano que experimenta la alegría de la fe, la trasluce, la irradia y la transmite a los demás con sus palabras, obras, gestos y actitudes; asimismo, vela porque su pensamiento, criterios y opiniones sean congruentes con las exigencias del Evangelio; realiza un seguimiento radical de Jesús y se esfuerza por impregnar su cultura con los valores evangélicos. Su manera de vivir es tal, que suscita inquietud en los demás, y logra conducirlos a buscar respuestas existenciales en Jesús y en su mensaje. Vive consciente de su llamado a evangelizar en todo momento y con todo su ser, y sabe que incluso una simple palabra o un gesto sencillo pueden ser suficientes para mostrar el amor de Jesús a los demás. Se cuenta que en ciertas ocasiones, Madre Teresa de Calcuta no lograba comunicarse con los enfermos a quienes atendía; entonces recurría a la predicación silenciosa del Evangelio, expresando: “Tal vez no hablo su idioma, pero puedo sonreír”. (Papa Francisco, 2016)

El cristiano se siente llamado a dar un paso que trascienda la sola fe en Jesús para convertirse en discípulo y en misionero. En ese contexto, de poco serviría a la humanidad una Iglesia colmada de fervorosos creyentes si fueran incapaces de seguir a su Maestro, de mostrarlo a los demás, de continuar con su misión evangelizadora y de iluminar al mundo en medio de todo tipo de situaciones. El cristiano de piedad intimista que vive feliz y cómodo únicamente con su fe individual puede ser, sin duda, un buen creyente, pero cabría preguntarse si es un auténtico discípulo y más aún, un misionero.

2. La alegría como talante pastoral

De la misma manera como cada ser humano ha recibido la vocación a vivir con alegría, también la ha recibido la Iglesia. La alegría desbordante de la primera comunidad cristiana debe seguir viva permanentemente en la Iglesia de hoy y ser tanto un signo de la presencia de Dios en ella, como la resonancia del amor de Cristo por su esposa.

La misión ineludible de la Iglesia es transmitir la Buena Nueva de Jesús al mundo, pero evidentemente, por su propia esencia y naturaleza, una buena noticia debe comunicarse con alegría. Sería muy extraño que lo que provoca el “aleluya de la Iglesia” no diera a los

cristianos el aspecto de personas salvadas y felices (cf. GD 71); asimismo, resultaría impensable e incoherente tratar de transmitir esa buena noticia con “cara de funeral” (EG 10), con miedo, con indiferencia, con pesimismo, con actitud de derrota, o peor aún, buscando el protagonismo de cada mensajero y no del mensaje en sí. La alegría es un elemento esencial para la misión evangelizadora, y transmitir el Evangelio al mundo es una “dulce alegría”, tal como la denominan los Papas Pablo VI en *Evangelii Nuntiandi* y Francisco en *Evangelii Gaudium*. Para ello se requieren evangelizadores en quienes actúe el Espíritu Santo (cf. EG 259), para que con su fuerza puedan transmitir eficazmente el Evangelio, “que es el mensaje más hermoso que tiene este mundo”. (EG 277)

No obstante, en algunas ocasiones la Iglesia puede llegar a presentar el mensaje del Evangelio de forma tal, que sus destinatarios no lo relacionen con la alegría de la vida, sino con una serie de preceptos y limitaciones a la libertad; por tal motivo se hace necesario que al evangelizar se hable más acerca de circunstancias y situaciones que impulsen a toda persona a procurar la felicidad, a gozar de las maravillas que Dios ha puesto en el mundo y a disfrutar de la alegría de vivir. (Castillo, s.f.)

Es importante y necesario que toda acción pastoral de la Iglesia sea concebida, planificada y ejecutada con audacia, valentía, fortaleza y alegría. Cada una de estas actitudes, especialmente la última, debe vivirse a lo interno de la Iglesia para que luego impregne su acción *ad extra*. Si el corazón de la comunidad eclesial carece de alegría, debe pedirla a Dios como un don divino, pues es imposible dar lo que no se tiene y transmitir lo que no se vive.

3. Situación en algunos ámbitos de la Iglesia en Guatemala

A pesar de no contar personalmente con mucha experiencia pastoral, se ha realizado una atenta observación en algunos ámbitos de la Iglesia en Guatemala, en los cuales se ha podido detectar cierta insuficiencia o carencia de alegría, ya sea en la acción pastoral propiamente dicha, o bien en los destinatarios de la misma. A continuación se presentan varios ejemplos:

3.1 Vida cristiana individual

Se ha observado que existen algunos cristianos, incluso entre los más comprometidos en el servicio eclesial, que hablan, viven y se comportan como personas más bien tristes,

indiferentes, intolerantes, autorreferenciales, materialistas, con afanes protagónicos o incapaces de vivir con alegría. Si les toca enfrentar circunstancias personales adversas, lo hacen a veces con resignación y a veces con fastidio, sin encontrar en ellas algún tipo de alegría o el sentido profundo y trascendente que les da la fe. En casos extremos, fuera de los ambientes eclesiales actúan como personas incongruentes con su fe e incapaces de poner en práctica el amor evangélico y la solidaridad allí donde no son sujetos de observación y escrutinio por parte de los demás. Las causas de esta situación pueden ser varias, entre ellas: probablemente no ha existido un proceso profundo de conversión, sino que se ha quedado a nivel superficial; no se ha tomado la decisión radical de seguir a Cristo asumiendo todas las consecuencias que ello conlleva; se experimenta temor de ser y vivir como cristiano en una sociedad cada vez más secularizada, o bien se carece de una formación adecuada que consolide la fe cristiana y su estilo de vida. La situación probablemente podría mejorar con un proceso serio de nueva evangelización a favor de estos cristianos, que parecen serlo solo nominalmente, o de manera parcial.

3.2 Pastoral litúrgica

Existe una capilla privada ubicada en la zona 2 de la ciudad capital de Guatemala que forma parte de una Parroquia aledaña, y que es atendida de forma eficiente, aunque únicamente los domingos, por sacerdotes de la Orden Carmelita. En ella se ha podido observar una cierta carencia de sentido comunitario entre los fieles que asisten con regularidad. Durante la celebración de la Santa Misa hay quienes guardan una actitud bastante pasiva; mientras algunos dormitan, otros revisan o envían mensajes por teléfono celular y otros más platican tranquilamente durante la homilía, sin la más mínima consideración hacia el celebrante y hacia quienes están a su alrededor. Los semblantes, el tono de voz de sus respuestas y oraciones, el lenguaje corporal y hasta la forma de pasar a recibir la comunión distan mucho de irradiar y comunicar alegría; raramente se ven rostros alegres, sonrientes o radiantes por la recepción del Cuerpo de Cristo o bien felices por la Palabra de Dios que se ha proclamado. A veces todas las lecturas y los cantos son hechos por las mismas dos personas; no obstante, cuando ocasionalmente participan los seminaristas de la Orden Carmelita, increíblemente la dinámica litúrgica cambia hacia un tono de mayor alegría. La causa de esta situación es sin duda que dicha capilla no cuenta con atención pastoral permanente, y la falta de vida parroquial y de convivencia comunitaria se refleja en la música, las actitudes, los gestos y la poca relación fraterna entre los fieles. Una solución podría ser contar más

frecuentemente con la participación de los seminaristas en las lecturas y la música, a fin de que los fieles también se interesen un poco más por participar de forma plena, consciente y activa en la celebración eucarística.

3.3 Pastoral del adulto mayor

En opinión personal, un ámbito eclesial al que se hace urgente llevar la alegría es el conformado por personas de la tercera edad, quienes a pesar de conservar la fe que han profesado durante toda su vida, son presa fácil de la tristeza, del desánimo e incluso de la depresión a causa de las limitaciones físicas, mentales y emocionales que deben enfrentar durante la ancianidad, y del sentimiento de soledad que pueden llegar a experimentar aun estando acompañados, pues en ocasiones son totalmente ignorados por quienes les rodean. Existen casos en que los ancianos son desplazados a lugares y roles irrelevantes dentro de la dinámica familiar, y por ende se sienten inútiles, improductivos y como una carga para sus hijos y nietos, máxime si escuchan a sus familiares quejarse continuamente por tener que brindarles atención, cuidado y cariño. Por tal motivo, resulta importante realizar las acciones que sean necesarias para apoyarlos pastoralmente, a fin de fortalecer su fe y lograr que se mantengan firmes en la esperanza y en la alegría cristiana durante esta etapa de sus vidas, a pesar de su deterioro físico (cf. 2 Co 4, 16). Los adultos mayores requieren atención domiciliar y personalizada, aunque se conforman con poco: una llamada, una visita, dedicarles tiempo y prestar oído a sus historias y recuerdos del pasado sin callarlos, quejarse, desesperarse ni burlarse de ellos, constituyen sin duda acciones de amor que pueden ayudarles a sentirse importantes y relevantes en la vida; dichas acciones, iluminadas a la luz de la fe, pueden contribuir a que recuperen su alegría vital.

3.4 Otros ámbitos pastorales

Existen otros ámbitos pastorales a los cuales se hace necesario llevar la alegría del Evangelio: los enfermos, especialmente los terminales; los niños, especialmente los huérfanos o aquellos que son víctimas de maltrato; los matrimonios, especialmente aquellos que enfrentan crisis conyugales, hijos problemáticos o que no han podido procrear por causas naturales y ajenas a su voluntad; las familias, especialmente cuando se enfrentan a situaciones de desempleo, depresión, cárcel, drogadicción o alcoholismo de alguno de sus miembros. Existen muchos sectores en los que abunda la tristeza, la amargura y la desesperación, y brilla

por su ausencia la alegría cristiana; en tal virtud, se hace necesario prestar especial atención pastoral a las personas que se encuentran en tales situaciones, para que a la luz de la fe puedan abrazar la esperanza y reencontrar la serenidad y la alegría.

Para ello es necesario llevar a cabo acciones concretas, pertinentes, oportunas y adecuadas, pues una “alegría teórica” no ayuda a un anciano triste, a un niño sin padres o a una familia con hambre. La empatía, la compasión y la solidaridad resultan indispensables para propiciar una realidad distinta para quienes en su vida se ven privados de la alegría por uno u otro motivo.

4. Magisterio pontificio postconciliar sobre la alegría

El presente trabajo incluye numerosas citas de la Biblia y de documentos eclesiales que fundamentan algunas de las ideas expresadas. Sin embargo, a manera de reflexión final, a continuación se hace mención de las grandes líneas de pensamiento contenidas en el Magisterio pontificio. El análisis no es exhaustivo; abarca únicamente, a manera de ejemplo, una breve selección de documentos emitidos por quienes han ejercido el ministerio petrino a partir del Concilio Vaticano II.

4.1 Papa Juan XXIII

Supo percibir las falencias que presentaba la Iglesia de su tiempo, y quiso hacerle recordar el espíritu evangélico de alegría, amor, compasión, misericordia y servicio. Al inaugurar el Concilio Vaticano II mediante el discurso *Gaudet Mater Ecclesia*, presentó los lineamientos generales acerca de las realidades que serían objeto de reflexión por parte de los padres conciliares, y expresó el enorme gozo de la Santa Madre Iglesia por el inicio de los trabajos. Hizo énfasis en la necesidad de acoger amorosamente a todos los seres humanos y en el rol de la Iglesia para transmitir la gracia divina. Ello se reflejaría luego en los documentos del Concilio, de los cuales emergerían nuevas visiones, lineamientos y directrices para vivir y transmitir de mejor manera al mundo, la alegría del Evangelio.

4.2 Papa Pablo VI

Brindó un significativo aporte a la reflexión eclesial sobre la alegría cristiana. Se han analizado tres documentos de su autoría.

La *Constitución pastoral Gaudium et Spes* aprobada por el Concilio Vaticano II tiene como tema principal la presencia, importancia, principios, acción y diálogo de la Iglesia en y con el mundo. Afirma que la Iglesia es solidaria con las experiencias del ser humano, entre las que menciona en primer lugar la alegría (cf. GS 1). Busca que la Iglesia sea mediadora del encuentro entre la fe y la vida concreta del ser humano; entre la doctrina y las distintas experiencias humanas; entre la verdad de Cristo y la realidad de cada persona que goza y sufre en medio del mundo. El tema de la alegría recorre todo el documento expresa o implícitamente, mediante la preocupación eclesial por todo lo que atañe al ser humano y a su vida en la tierra, enfatizándolo particularmente al presentar a Jesús como “gozo del corazón humano y plenitud total de sus aspiraciones”. (GS 45)

La *Exhortación apostólica Gaudete in Domino* desarrolla en forma específica y detallada el tema de la alegría cristiana, constituyendo una verdadera joya para la reflexión acerca de su sentido teológico. El Papa afirma que Dios dispone la inteligencia y el corazón de su criatura al encuentro de la alegría (cf. GD 5), la cual está destinada a todos los seres humanos sin excepción (cf. GD 22). Reflexiona acerca de lo difícil que resulta encontrar la alegría en el mundo (cf. GD 8), pero recuerda que ello no debe impedir hablar sobre la misma y esperarla precisamente cuando se hace más necesaria (cf. GD 9), sugiriendo varios remedios para aliviar su carencia (cf. GD 11, 12, 13, 15, 52). Expresa que el motivo fundamental de la alegría es que Dios ha dado al mundo a su Hijo único, y que por su Espíritu su presencia no cesa de envolverlo con su ternura y de penetrarlo con su vida (cf. GD 71). Exhorta a la coherencia de vida cristiana (cf. GD 71) y a no desligarse del servicio a los demás, especialmente los desheredados y marginados de la sociedad. (cf. GD 76) A nivel personal, este documento suscitó el interés original por desarrollar el tema del presente trabajo. Se recomienda su lectura para profundizar en el mismo.

Por su parte, mediante la *Exhortación apostólica Evangelii Nuntiandi*, el Papa aborda la urgente necesidad de llevar a cabo la evangelización del mundo contemporáneo; define la evangelización, delimita su contenido, desarrolla los medios que pueden utilizarse para

llevarla a cabo, identifica a sus destinatarios y agentes y reflexiona sobre el espíritu que debe inspirarla. Denomina a la evangelización como una “dulce y confortadora alegría” (cf. EN 80) y se refiere a la importancia del testimonio, el cual, incluso sin palabras, logra que quienes contemplan la forma de vivir de los cristianos se planteen interrogantes acerca de qué o quien los motiva a vivir de esa manera, tan distinta de la usual (cf. EN 21). Lo mismo sucede si, aunado a su testimonio, el cristiano muestra siempre un talante alegre y una vida evangélicamente feliz, ya que en medio de un mundo lleno de amargura, logra provocar inquietud e interrogantes en quienes entran en contacto con su vida. Con este documento puede establecerse la estrecha relación existente entre el Evangelio y la alegría, ya que el primero contribuye a que cada ser humano que lo escuche, lo acoja y lo aplique, pueda encontrar la auténtica alegría y el sentido de su vida.

No cabe duda que el Papa Pablo VI mantenía un profundo interés por el tema de la alegría y la consideraba como un elemento indispensable para la vida de fe individual y eclesial.

4.3 Papa Juan Pablo I

Se analizó el *Radiomensaje Urbi et Orbi* del 27 de agosto de 1978, mediante el cual el Papa manifestó su convicción acerca de la presencia de Cristo en la Iglesia, la cual la llena de certeza, fortaleza y esperanza, e hizo énfasis en el rol que la Iglesia debe cumplir frente al mundo, y en el papel de cada fiel en la tarea de expresar, transmitir y testimoniar la fe. Destacó la importancia de la misión evangelizadora como primer deber de la Iglesia en un mundo sediento de amor y de verdad. Aunque sin mencionar específicamente la palabra “alegría”, el mensaje está impregnado de profundas reflexiones sobre las causas por las que la Iglesia de Cristo se alegra día a día, y sobre los altos fines a los que se ve comprometida como consecuencia de su fe.

4.4 Papa Juan Pablo II

Se analizaron dos documentos de su amplio Magisterio, con el fin de extraer de ellos algunas líneas de pensamiento sobre la alegría.

La *Carta apostólica Salvifici Doloris* desarrolla el sentido cristiano del sufrimiento humano e ilumina el camino para encontrar la alegría en, a través o a pesar del dolor. Como quedó establecido en el capítulo II de este trabajo, el sufrimiento siempre se hace presente en la historia del ser humano; sin embargo, puede ser iluminado por la Palabra de Dios a fin de descubrir su profundo sentido (cf. SD 1). Cristo venció al pecado y a la muerte, y si bien esa victoria no exime la vida humana de los sufrimientos temporales, sí proyecta sobre ellos una luz nueva, la luz de la salvación, la luz del Evangelio.

A la cuestión sobre cómo puede experimentarse la alegría en medio del sufrimiento, el Papa responde que es posible siempre y cuando se logre entender su sentido profundo a la luz de la fe. Debe tenerse en cuenta que Cristo experimentó el sufrimiento en su propia vida,⁸ y que el mismo está integrado de una manera orgánica e indisoluble con las enseñanzas de la Buena Nueva (cf. SD 18). Él ha elevado el sufrimiento humano a nivel de redención, y por ende, todo hombre, en su sufrimiento, puede hacerse también partícipe del sufrimiento redentor de Cristo (cf. SD 19). En tal sentido, el sufrimiento queda dignificado y elevado a una categoría superior, que en el plano de la fe adquiere un sentido trascendente que puede ayudar al ser humano a sobrellevarlo con cierto grado de alegría (cf. 1 Pe 4, 13).

Por su parte, la *Carta encíclica Evangelium Vitae* defiende el valor y el carácter inviolable de la vida humana. Presenta el “Evangelio de la vida” como una noticia de alegría para los hombres de todas las épocas y culturas (cf. EV 1), ya que es un llamado universal a respetar, defender, amar y servir a toda vida humana y a recorrer el camino que conduce, entre otros, a la felicidad (cf. EV 5). Cada vida naciente es un motivo de alegría, pues está destinada a la vida sobrenatural y ahí descansa su grandeza y su valor. Mediante la encarnación, Dios se ha unido en cierto modo con todo hombre, y ese acontecimiento no solo revela el amor infinito de Dios, sino también el valor incomparable de cada persona humana (cf. EV 2). Por ello, la concepción acerca del hombre desde la perspectiva del plan divino y de la vida como don de Dios constituye una buena noticia y a la vez un verdadero motivo de alegría para la humanidad.

De ambos documentos se extrae el inmenso desafío de defender la vida aun en medio de las situaciones más adversas; un ejemplo concreto sería cuando se hace necesario defenderla

⁸ Ver capítulo II, numeral 4, primer párrafo, de la presente monografía.

contra un aborto que pretende realizarse por motivos eugenésicos, que atentan contra el derecho a la vida del no nacido. Aun cuando se hubiera diagnosticado una enfermedad grave que seguramente provocará sufrimiento y dolor al propio niño, a su madre y a toda su familia, el pleno respeto a la dignidad de la vida tiene prioridad sobre otros intereses, porque a la luz de la fe, es posible encontrar la alegría en cada vida que nace, incluso en las situaciones más complejas posibles.

4.5 Papa Benedicto XVI

El camino de la alegría para evangelizar es el título del mensaje dirigido por el Pontífice con motivo de la XXVII Jornada Mundial de la Juventud 2012. El mismo constituye un documento repleto de valiosos aportes para el tema objeto de reflexión.

En él se afirma que la alegría es un “elemento central de la experiencia cristiana”, y que en un mundo “marcado a menudo por la tristeza y la inquietud, la alegría es un testimonio importante de la belleza y fiabilidad de la fe cristiana”. Enfatiza la vocación universal a la alegría, afirmando que la voluntad de Dios es que seamos felices (cf. No. 5), y que nuestro corazón está hecho para la alegría profunda, plena y perdurable (cf. No. 1). Uno de sus textos más significativos es el siguiente:

Todas las alegrías auténticas, ya sean las pequeñas del día a día o las grandes de la vida, tienen su origen en Dios, aunque no lo parezca a primera vista, porque Dios es comunión de amor eterno, es alegría infinita que no se encierra en sí misma, sino que se difunde en aquellos que Él ama y que le aman. [...] Dios quiere hacernos partícipes de su alegría, divina y eterna, haciendo que descubramos que el valor y el sentido profundo de nuestra vida está en el ser aceptados, acogidos y amados por Él, y no con una acogida frágil como puede ser la humana, sino con una acogida incondicional como lo es la divina. (No. 2)

Asimismo, reitera que el amor incondicional de Dios se manifiesta plenamente en Jesucristo, quien proporciona auténtica alegría; invita a amar a los demás alegremente, con generosidad y compromiso cristianos dentro de la dinámica del servicio, y exhorta a recurrir con frecuencia al sacramento de la reconciliación, al cual denomina el “sacramento de la alegría reencontrada” (No. 5). Entre todos los documentos analizados, este resultó, en

opinión personal, uno de los más enriquecedores en cuanto al tema específico de la alegría, pues ayuda a descubrirla en las realidades sencillas de la vida cotidiana, sin perder de vista el sentido trascendente que le dan la fe y el compromiso cristiano de transmitirla a los demás.

4.6 Papa Francisco

La alegría es un tema recurrente en el Magisterio del Papa Francisco; tanto así, que Spadaro (2014) se refiere a la importancia de la palabra “alegría” o “gozo” en lo que él denomina “vocabulario bergogliano”, pues el Papa Francisco (Jorge Mario Bergoglio) la utiliza frecuentemente en sus documentos. La alegría parece revestir suma importancia para él; incluso llegó a describirla durante una misa crismal de la siguiente manera: “«envolvente como el perfume, penetrante como el óleo» [...] en definitiva, «el signo de que nuestro corazón está persiguiendo el bien», el «signo de la presencia de Cristo»”.

Se ha analizado la *Exhortación apostólica Evangelii Gaudium*, cuyo eje temático principal consiste en señalar un camino renovado para transmitir alegremente al mundo el Evangelio de Jesús. El documento, de profunda riqueza evangélica, espiritual y pastoral, comienza con una afirmación que lo recorre, lo justifica y le da cohesión a su mensaje:

La alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús. Quienes se dejan salvar por Él son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento. Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría. (EG 1)

Esta alegría se renueva y debe ser comunicada a todos en un mundo marcado por la tristeza individualista, que alcanza incluso a los creyentes, pero que es contraria a la voluntad de Dios y a la vida digna y plena a la que cada persona está llamada según el designio divino. (cf. EG 2) El Papa denuncia que hay muchos cristianos “cuya opción parece ser la de una Cuaresma sin Pascua” (EG 6), y afirma que a pesar de las circunstancias a veces difíciles de la vida, la alegría “siempre permanece al menos como un brote de luz que nace de la certeza personal de ser infinitamente amado, más allá de todo”. (EG 6)

Posteriormente, evocando la expresión de Pablo VI en *Evangelii Nuntiandi*, aborda “la dulce y confortadora alegría de evangelizar”, afirmando que no es posible tener la experiencia plena del amor de Dios sin desear comunicarla, sin sentirse impulsado a darla a conocer y a

compartirla con los demás; que no existe otro camino para vivir con dignidad y plenitud que el de reconocer al otro y buscar su bien, comunicándole la alegría del Evangelio a través de la misión (cf. EG 9), pero que para ello, ningún evangelizador debería tener permanentemente cara de funeral (cf. EG 10).

El Papa exhorta a los agentes evangelizadores a enfrentar los desafíos del mundo actual y a no perder la alegría de transmitir el Evangelio (cf. EG 79), lanzando una advertencia contra el pesimismo estéril e invitando a descubrir nuevamente la alegría de creer, para que cada cual pueda ser una “persona-cántaro” que dé de beber a los demás (cf. EG 86). El servicio a otros y la apertura del corazón son fuente de felicidad (cf. EG 272), porque hay más alegría en dar que en recibir (cf. Hch 20, 35).

Este documento constituye una especie de despertador para la Iglesia, pues la invita a redescubrir la alegría y a evangelizar al mundo a fin de que, conociendo a Cristo y su mensaje de salvación, toda persona pueda también experimentar la profunda alegría que da la fe. Ante las difíciles realidades pastorales y los enormes desafíos del mundo actual, establece un alto estándar y constituye una guía valiosa para llevar a cabo la acción pastoral de la Iglesia de la manera más adecuada y eficaz posible.

4. Magisterio episcopal latinoamericano

Para finalizar, se esbozan algunas líneas de pensamiento acerca de la alegría contenidas en el Magisterio episcopal latinoamericano. Para el efecto se ha seleccionado el *Documento conclusivo de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe* celebrada por el Consejo Episcopal Latinoamericano y del Caribe (CELAM) del 13 al 31 de mayo de 2007 en Aparecida, Brasil, por ser el más reciente. El mismo guarda continuidad con las anteriores Conferencias Generales celebradas en Río de Janeiro (1955), Medellín (1968), Puebla (1979) y Santo Domingo (1992), y recapitula el camino de fidelidad, renovación y evangelización de la Iglesia latinoamericana al servicio de sus pueblos (cf. DA 9).

El *Documento de Aparecida* enfatiza el papel de la Iglesia como discípula de Jesús y como misionera para anunciar su Evangelio. Contiene valiosas directrices pastorales cuyo objetivo es “seguir impulsando la acción evangelizadora de la Iglesia, llamada a hacer de todos sus miembros discípulos y misioneros de Cristo, Camino, Verdad y Vida para que

nuestros pueblos tengan vida en Él”. (DA 1) De incalculable riqueza pastoral, el documento menciona el tema de la alegría en forma expresa o implícita en varias ocasiones, en relación con: el discipulado y la misión, que son temas que lo recorren transversalmente; la alegría de ser discípulo (cf. DA 29); el misterio de Jesús (cf. DA 6); la fe de los pueblos latinoamericanos (cf. DA 7); la falacia del consumo como fuente de alegría (cf. DA 50); la vida consagrada (cf. DA 177, 196, 315); el sacramento de la reconciliación (cf. DA 254); la piedad popular individual y comunitaria (cf. DA 261); la actuación del Espíritu Santo (cf. DA 362), y la pastoral urbana (cf. DA 514), entre otros.

En opinión personal, se considera que uno de sus mayores aportes al tema objeto de reflexión lo constituye el numeral 29, que describe la alegría de ser discípulo con una belleza y profundidad extraordinarias:

La alegría que hemos recibido en el encuentro con Jesucristo, a quien reconocemos como el Hijo de Dios encarnado y redentor, deseamos que llegue a todos los hombres y mujeres heridos por las adversidades; deseamos que la alegría de la buena noticia del Reino de Dios, de Jesucristo vencedor del pecado y de la muerte, llegue a todos cuantos yacen al borde del camino, pidiendo limosna y compasión (cf. Lc 10, 29-37; 18, 25-43). La alegría del discípulo es antídoto frente a un mundo atemorizado por el futuro y agobiado por la violencia y el odio. La alegría del discípulo no es un sentimiento de bienestar egoísta sino una certeza que brota de la fe, que serena el corazón y capacita para anunciar la buena noticia del amor de Dios. Conocer a Jesús es el mejor regalo que puede recibir cualquier persona; haberlo encontrado nosotros es lo mejor que nos ha ocurrido en la vida, y darlo a conocer con nuestra palabra y obras es nuestro gozo”. (DA 29)

El tema reviste tal importancia para la vida de fe, que los obispos elevan al Espíritu Santo una súplica confiada para que como Iglesia “redescubramos la belleza y la alegría de ser cristianos”. (DA 14) La Iglesia comparte esta alegría como un tesoro, pero no como un sentimiento artificialmente provocado ni como un estado de ánimo pasajero (cf. DA 17), sino como una realidad profunda que da sentido a la vida.

El documento es sumamente profundo e integral; en él los obispos reflexionan sobre una diversidad de temas de la vida cristiana a nivel individual, comunitario y social dentro del

contexto de la realidad eclesial de América Latina, donde muchos pueblos padecen altos índices de pobreza, ignorancia, desigualdad, violencia y exclusión. Por tal motivo, resulta sumamente valioso que se considere la alegría como una posibilidad real para la vida de miles de personas que se debaten en condiciones que quizá a los ojos del mundo puedan ser consideradas como irreversibles y sin esperanza, pero que en el contexto del Reino de Dios y según los criterios del Evangelio, son susceptibles de ser vividos desde una serena alegría, si se tiene a Cristo como centro de la vida y se cuenta con la ayuda solidaria de los demás seres humanos.

En virtud de todo lo anterior, se corrobora que el Magisterio pontificio y episcopal de la época postconciliar ha abordado, expresa o implícitamente, y desde distintos enfoques, el tema de la alegría. Todos los documentos analizados la incluyen como un elemento importante de la vida cristiana individual y eclesial, y plantean el reto de descubrirla, vivirla y transmitirla a la luz de la fe. De este Magisterio se deriva una enorme riqueza, consistente en el descubrimiento de que es posible vivir la alegría cristiana en medio de las más diversas situaciones y circunstancias de la vida, con sus luces y sus sombras. Al mismo tiempo, de él se deriva un inmenso desafío para la Iglesia, consistente en llevar a cabo acciones pastorales concretas, pertinentes, oportunas y adecuadas para ayudar a las personas en general y a los cristianos en particular, a descubrir la alegría que da la fe, a vivirla en sus actividades cotidianas y a impregnar con ella sus distintos ámbitos de acción en medio del mundo.

CONCLUSIÓN

Luego de reflexionar acerca del tema de la alegría, las ideas medulares con las que puede concluirse este trabajo son las siguientes:

Desde una perspectiva general, la alegría es una experiencia que todo ser humano requiere para vivir una vida en plenitud; por ello debe aprender a encontrarla y a disfrutarla en su realidad cotidiana. Desde el punto de vista de la psicología, es considerada como una emoción primaria y positiva, y desde un sentido más integral, como la consecuencia de vivir una vida con significado. Constituye una vocación universal, pues es voluntad divina que todos los seres humanos sean felices.

Esta última afirmación queda evidenciada en los libros sagrados de tres religiones no cristianas analizados en la monografía, a saber: la *Tanakh* del judaísmo, *El Corán* del islam y el *Popol Vuh* de la religión maya-quiché, que hacen referencia a la experiencia de la alegría en diversas situaciones en las que el ser humano se relaciona con la divinidad, con otros seres humanos y con el mundo que le rodea.

La fe en un Ser Superior dota a la alegría de un sentido trascendente, aunque siempre es experimentada desde la propia realidad humana. Así considerada, la alegría constituye una resonancia del amor divino en el ser humano, y un signo concreto de que se comparte la vida divina, ya que Dios es la más pura esencia y el origen primario de toda alegría. Específicamente para los cristianos, esa alegría se fundamenta en la fe en Jesucristo, el Hijo de Dios encarnado, muerto y resucitado.

Jesús fue un hombre esencialmente alegre, que encarnó y transmitió al mundo la alegría de Dios. Se complacía en predicar la Buena Nueva del Reino y se esforzaba por dar a conocer el verdadero rostro de Dios. En Jesús, como en cada ser humano, la alegría fue la resonancia del amor divino que colmaba su corazón. Las bienaventuranzas que predicó constituyen una noticia de desbordante alegría, y su estilo alegre y coherente de vivir pasó a ser el estándar, el modelo y la referencia tanto para los cristianos en su vida de fe individual como para toda la acción pastoral de la Iglesia.

La alegría cristiana consiste en la experiencia de plenitud y realización que tiene una persona que vive una vida con sentido y con propósito gracias a la fe en Cristo, a la esperanza en sus promesas y a la confianza plena de contar con su amor incondicional, amistad, misericordia y compañía. Es la forma como expresa su íntima convicción de que Cristo le ama y que bajo ninguna circunstancia le fallará ni le abandonará. Es la resonancia del amor divino en su existencia humana y el eco del Evangelio en su corazón.

La persona que se ha encontrado con Jesús y se ha dejado transformar por Él se llena de alegría, una alegría eminentemente misionera que la impulsa a comunicar la buena noticia del Evangelio a los demás, especialmente a quienes viven en las denominadas periferias existenciales.

Por su parte, el sufrimiento es una realidad inherente e inevitable de la experiencia humana. Aunque no queda suprimido por la fe, sí adquiere en virtud de ella un sentido trascendente relacionado con el propio sufrimiento de Jesús. El reto del cristiano es saber encontrar en la fe un motivo de alegría, pues a la luz de Cristo todas las realidades, aún las más devastadoras, injustas y contrarias a la voluntad divina, quedan iluminadas y dotadas de un sentido profundo; aunque parezca paradójico, en ellas siempre se hace presente Dios, el Dios que es alegría, para dotarlas de sentido en el amor.

Al igual que cada ser humano, la Iglesia ha recibido la vocación de vivir con alegría y la misión de transmitirla al mundo junto con el mensaje del Evangelio. La luz de la alegría manifestada concretamente en obras de solidaridad, permite que se ilumine la vida de millones de personas que viven sometidas a la injusticia y a la opresión, carentes de medios y de esperanzas, o agobiadas por la depresión y el sinsentido. No obstante, los desafíos para la acción pastoral de la Iglesia son enormes. Este trabajo plasma algunos ejemplos de ámbitos específicos de la Iglesia en Guatemala en los que se ha detectado insuficiencia o carencia de alegría. Se hace necesario prestar atención a esas realidades mediante acciones concretas, pertinentes, oportunas y adecuadas, con el fin de contribuir a que sus destinatarios reencuentren la alegría de vivir a la luz de la fe en Cristo.

El Magisterio pontificio y episcopal de la época postconciliar ha abordado, expresa o implícitamente, y desde distintos enfoques, el tema de la alegría. Todos los documentos analizados la incluyen como un elemento importante de la vida cristiana individual y eclesial,

y plantean el reto de descubrirla, vivirla y transmitirla a la luz de la fe. De este Magisterio se deriva una enorme riqueza, consistente en el descubrimiento de que es posible vivir la alegría cristiana en medio de las más diversas situaciones y circunstancias de la vida, con sus luces y sus sombras. Al mismo tiempo, de él se deriva un inmenso desafío para la Iglesia, consistente en llevar a cabo acciones pastorales que ayuden a las personas en general y a los cristianos en particular, a descubrir la alegría que da la fe, a vivirla en sus actividades cotidianas y a impregnar con ella sus distintos ámbitos de acción en medio del mundo.

El trabajo se ha limitado a reflexionar acerca de la alegría como una experiencia del ser humano que vive en condiciones que pueden ser consideradas como normales; no obstante, existen millones de personas sometidas a situaciones límite de dolor y de sufrimiento a quienes puede y debe dirigirse una reflexión particular, amplia y específica. Todos los temas y subtemas aquí abordados pueden ser objeto de ampliación y profundización a través de estudios, investigaciones y reflexiones posteriores.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Aci Prensa. (s.f.). *Biografía de San Felipe Neri*. Recuperado el 20.02.2018 de:
<https://www.aciprensa.com/recursos/biografia-4715>
- Aguilar, I. (2013). *La posibilidad de la alegría a la luz del Evangelio de Juan*. Tesis de grado. Licenciatura en Ciencias Religiosas. Universidad Rafael Landívar, Campus Central, Guatemala.
- Benedicto XVI. (2005). *Carta encíclica Deus Caritas est*. 25.XII.2005. Roma: Librería Editrice Vaticana.
- Benedicto XVI. (2007). Discurso de Su Santidad Benedicto XVI para la sesión inaugural de los trabajos de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe en Aparecida. En: Consejo Episcopal Latinoamericano y del Caribe. (2017). *Documento conclusivo de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, Aparecida, Brasil*. 7ª. ed. Guatemala: Ediciones San Pablo.
- Benedicto XVI. (2012). *El camino de la alegría para evangelizar. Mensaje para la XXVII Jornada Mundial de la Juventud*. Roma: Librería Editrice Vaticana.
- Biblia de Jerusalén*. (2009). Desclée de Brouwer. Versión para consulta en línea. En Página web del Instituto de Pastoral Bíblica Salvador Carrillo Alday. Recuperado de:
<http://www.pastoral-biblica.org>
- Bravo, A. (2012). *Meditaciones sobre la alegría cristiana*. Salamanca: Sígueme.
- Castillo, J. (s.f.). *El Dios de la alegría y la alegría de los cristianos*. Recuperado el 11.07.2017 de: <http://2001.atrío.org/FRONTERA/27/27-12-CASTILLO.pdf>
- Comunidad Musulmana Ahmadía. (s.f.). *Página web sobre el islam*. Recuperado el 30.01.2018 de: <https://www.ahmadiyya-islam.org/es/islam/> y <https://www.ahmadiyya-islam.org/es/el-sagrado-coran/>
- Concilio Vaticano II. (1965). *Constitución pastoral Gaudium et Spes*. En: Conferencia Episcopal Española (1993). *Vaticano II. Documentos*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.
- Conferencia Episcopal de Guatemala. (2002). *Anda y haz tú lo mismo. (Lc 10, 37). Carta pastoral colectiva del Episcopado Guatemalteco con ocasión de la canonización del beato Hermano Pedro de San José Betancur y tercera visita apostólica de Su Santidad el Papa Juan Pablo II a Guatemala*. Recuperado el 10.02.2018 de:
<http://www.iglesiacatolica.org.gt/20020602.pdf>
- Consejo Episcopal Latinoamericano y del Caribe. (2017). *Documento conclusivo de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, Aparecida, Brasil*. 7ª. ed. Guatemala: Ediciones San Pablo.

- El Corán*. (2013). Traducción comentada. Versión interactiva. Lic. M. Isa García (trad). Bogotá. Recuperado el 22.01.2018 de: <https://islamhouse.com/es/books/735228/>
- Echavarría, J. (s.f.). La esencia de la alegría. Extracto de *Itinerarios de vida cristiana*. Recuperado el 03.02.2018 de: <http://www.temesdavui.org/node/6479?lang=es&>
- Fernández-Martos, J., S.J. (s.f.). *Locos de alegría, abandonar a toda prisa los sepulcros (Mt 28,8). Trabajándose el optimismo y acogiendo la alegría verdadera*. Recuperado el 14.07.2017 de: http://www.cicsfr.org/uploads/1/8/0/2/18027175/2._locos_de_alegria-abandonar_los_sepulcros.doc
- Floreccillas de San Francisco*. (s.f.). Recuperado el 25.01.2018 de: <http://inmaculada.com.es/10.LASFLORECILLAS.pdf>
- Gabinete Psicólogos en Madrid EU. (2016). *Página web Psicólogos Madrid*. Recuperado el 22.01.2018 de: <http://psicologosenmadrid.eu/alegria/>
- García, M. (s.f.). *Una cadena de alegría*. Dicasterio Salesiano de Pastoral Juvenil. Roma. Recuperado el 20.07.2017 de: <http://www.pastoraljuvenil.es/una-cadena-de-alegria/>
- Goleman, D. (2015). *La inteligencia emocional*. 25ª. ed. México: Ediciones B, S.A. de C.V.
- Grigorieff, V. (s.f.). *El gran libro de las religiones del mundo*. Recuperado el 30.01.2018 de: http://www.ugr.es/~pgomez/docencia/fr/documentos/Grigorieff_Religion-del-mundo.Judaismo.pdf
- Iglesia Católica. (1998). *Catecismo de la Iglesia Católica*. 2ª. ed. 6ª. reimp. México: Coeditores Católicos de México.
- Juan XXIII. (1962). *Discurso Gaudet Mater Ecclesia con ocasión de la solemne apertura del Concilio Vaticano II*. 11.X.1962. Roma: Librería Editrice Vaticana.
- Juan Pablo I. (1978). *Radiomensaje Urbi et Orbi*. 27.VIII.1978. Roma: Librería Editrice Vaticana.
- Juan Pablo II. (1984). *Carta apostólica Salvifici Doloris*. 11.II.1984. Roma: Librería Editrice Vaticana.
- Juan Pablo II. (1995). *Carta encíclica Evangelium Vitae*. 25.III.1995. Roma: Librería Editrice Vaticana.
- Maier, M., S.J. (2014). *Monseñor Romero y la alegría del Evangelio*. Recuperado el 11.02.2018 de: <http://repositorio.uca.edu.ni/4670/1/Monse%C3%B1or%20Romero%20y%20la%20alegr%C3%ADa.pdf>
- Mattei, A. (2014). La alegría como testimonio. *Iesus Caritas, La alegría del Evangelio*. Abril-junio 2014. Época IX. No. 181. pp. 42-48. Almería: Imprenta Úbeda, S.L. Industria Gráfica.

- Mercabá. (s.f.) Definición de vocablo “alegría”. Recuperado el 01.08.2017 de:
<http://www.mercaba.org/ARTICULOS/A/alegria.htm>
- Milián, A. (2014). Alegría pascual. *Jesus Caritas, La alegría del Evangelio*. Abril-junio 2014. Época IX. No. 181. pp 9-12. Almería: Imprenta Úbeda, S.L. Industria Gráfica.
- Pablo VI. (1975a). *Exhortación apostólica Gaudete in Domino*. 9.V.1975. Roma: Librería Editrice Vaticana.
- Pablo VI. (1975b). *Exhortación apostólica Evangelii Nuntiandi*. 8.XII.1975. Roma: Librería Editrice Vaticana.
- Papa Francisco. (2013). *Exhortación apostólica Evangelii Gaudium*. 24.XI.2013. Roma: Librería Editrice Vaticana.
- Papa Francisco. (2015a). *La alegría cristiana es un don y no simple diversión pasajera*. Homilía en Casa Santa Marta, publicada el 18.05.2015 en Página web Conferencia de Provinciales Jesuitas de América Latina. Recuperado el 23.07.2017 de:
<http://www.cpalsj.org/papa-francisco-la-alegria-cristiana-es-un-don-y-no-simple-diversion-pasajera/>
- Papa Francisco. (2015b). *Carta encíclica Laudato Si*. 24.V.2015. Roma: Librería Editrice Vaticana.
- Papa Francisco. (2016). *Homilía de la misa de canonización de la beata Madre Teresa de Calcuta*. 04.IX.2016. Roma: Librería Editrice Vaticana.
- Papa Francisco. (2018). *Exhortación apostólica Gaudete et Exsultate*. 19.III.2018. Roma: Librería Editrice Vaticana.
- Papa Francisco. [Pontifex_es] (22 de abril de 2018). La llamada que Dios dirige a cada uno es un don que llena de alegría. [Tuit]. Recuperado de:
https://twitter.com/Pontifex_es/status/988009529190338561
- Parroquia Espíritu Santo de Ciudad de Guatemala. (s.f.). *El carisma salesiano... ¿lo conoces?* Recuperado el 26.02.2018 de: <https://espiritusantoparroquia.com/2015/12/04/el-carisma-salesiano-lo-conoces>
- Peña, A. (s.f.). *Santa Rosa de Lima, la alegría de Dios*. Lima, Perú. Recuperado el 20.02.2018 de: http://diostellama.com/archivos/librosparaweb/181santa_rosa_lima.pdf
- Popol Vuh. Las antiguas historias del Quiché*. (1984). Versión de Adrián Recinos. 2ª. ed. Guatemala: Editorial Piedra Santa.
- Real Academia Española. (2017). *Diccionario de la lengua española*. Edición del Tricentenario. Recuperado el 22.01.2018 de: <http://dle.rae.es/>
- Riso, W. (2017). *Maravillosamente imperfecto, escandalosamente feliz*. 4ª. reimp. México: Océano.

- Salesiana, xq no?* (2014). Recuperado el 10.02.2018 de:
<https://salesianasvocacional.wordpress.com/2014/05/06/siempre-alegres/>
- Santuario y Parroquia Nuestra Señora de Lourdes de Santiago de Chile. (s.f.). *La alegría cristiana*. Recuperado el 11.02.2018 de:
<http://www.santuariolourdeschile.cl/sitioweb/laalegriacristiana.html>
- Sobrino, Jon. (2013). *Jesucristo liberador. Lectura histórico-teológica de Jesús de Nazaret*. 5ª. reimp. El Salvador: UCA Editores.
- Spadaro, A. (2014). *Evangelii Gaudium: profundizando el mensaje. Página web Buena Voz*. Recuperado el 12.07.2017 de:
<http://blog.pucp.edu.pe/blog/buenavoz/2014/03/14/evangelii-gaudium-profundizando-el-mensaje-escribe-antonio-spadaro-director-de-la-civilt-cattolica/>
- Torres, M. (2 de diciembre de 2015). El Santo Hermano Pedro y la Navidad en Guatemala. *Prensa Libre*. Recuperado el 27.02.2018 de:
<http://www.prensalibre.com/hemeroteca/el-santo-hermano-pedro-y-la-navidad-en-guatemala>
- Van Thuan, F. (s.f.). *Cinco panes y dos peces*. Recuperado el 17.02.2018 de:
<https://sanjorgedemogor.files.wordpress.com/2011/08/cinco-panes-y-dos-peces-van-tuan.pdf>
- Voillaume, R. (2014). No podemos vivir sin alegría. *Iesus Caritas, La alegría del Evangelio*. Abril-junio 2014. Época IX. No. 181. pp. 49-54 Almería: Imprenta Úbeda, S.L. Industria Gráfica.